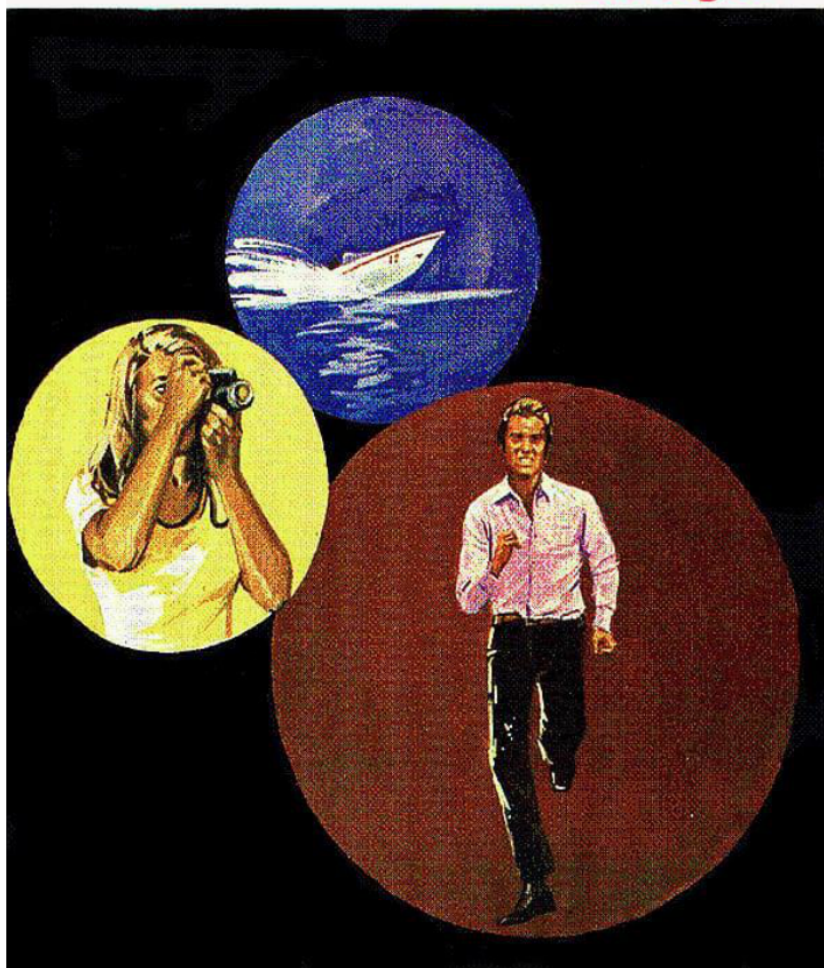




el falso accidente

vic logan



El vuelo 214, procedente de París, se aproximaba al aeropuerto Kennedy, de la ciudad de Nueva York.

Richard Manny releía una vez más la noticia de la muerte de Terence Bronson, aparecida en los periódicos de París.

Richard, con sus treinta años, llevaba ya siete de servicio activo en la CIA, y no podía por menos que recordar las misiones que había realizado junto a Terence.



Vic Logan

Falso accidente

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1236

ePub r1.0

Titivillus 07-12-2019

Título original: *Falso accidente*

Vic Logan, 1974

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



PRÓLOGO

Terence Bronson terminó de acicalarse sin prestar demasiada atención a su aspecto.

Pantalones tejanos y un grueso jersey era la indumentaria con la que mejor se sentía.

Bueno, faltaba algo para que se sintiera del todo en su «ambiente».

Faltaba «el juguete». Un revólver de reglamento, con licencia expedida por la CIA.

Lo metió dentro de una cartera de mano y repasó las cosas que llevaba en sus bolsillos. Billetera con algunos francos suizos, carnet de conducir, algún que otro documento corriente, las llaves del coche; lo normal.

Por fin salió del hotel, silbando una alegre canción que reflejaba su estado de optimismo.

Salió a la calle, en cuya esquina tenía aparcado su pequeño automóvil. Pequeño por su apariencia, pero potente gracias al trucaje de su motor.

Tiró la cartera al asiento trasero y antes de entrar echó una ojeada alrededor para terminar con el edificio de apartamentos del que tenía uno alquilado.

Arrancó el automóvil, tomando una calle descendente en dirección al lago por la ruta de Laussane.

Al otro lado, y tras la terraza del tercer piso del hotel Continental, un individuo rubio, provisto de potentes prismáticos, parecía observar el maravilloso panorama del lago Lemán, pero la verdad es que se detuvo en el automóvil de Terence, al que siguió con los gemelos durante un buen trecho.

Cuando el hombre de pelo rubio dejó de observar el coche que se alejaba, frunció el entrecejo y quedó pensativo. Parecía como si lo que acababa de ver le preocupara.

Terence continuaba al volante del auto con manifiesto optimismo. Había puesto la radio, y cuando la música ahogó su silbido, dejó de hacerlo para seguir el ritmo que le llegaba a través de las ondas.

De cuando en cuando, Terence observaba el lago, por donde se veía circular alguna embarcación; pero lo que más llamaba la atención del joven eran las lanchas rápidas.

Sonrió un par de veces y aceleró. Tenía prisa en llegar.

* * *

La villa era propia de millonarios, y millonario era quien la habitaba.

Eddie Baccaro, de origen italiano, nacionalizado estadounidense y con residencia en Ginebra temporalmente, recibió a Terence con una sonrisa tras su mesa de despacho.

—Hace un día magnífico, señor Baccaro.

—¿Por eso has madrugado tanto? —preguntó el dueño de la casa.

—Bueno... No soy de los que dejan que se les peguen las sábanas al cuerpo.

—Sí... Siempre dije que tú llegarías lejos.

—Usted me colocó en la CIA.

—Pero tú te ganaste el puesto.

—Eso sí. Y a veces pienso...

—¿Quieres desayunar? —cortó el señor Baccaro.

—He tomado café. No me gusta cargarme el estómago cuando me levanto... A media mañana trago mejor.

—Bien... ¿Has venido para hablarme de tu dieta?

—No, señor Baccaro. He venido para hablarle de otra cosa —repuso el agente de la CIA.

* * *

Cuarenta minutos más tarde, Terence Bronson dejaba su automóvil aparcado cerca de uno de los embarcaderos del Quai de Mont-Blanc. Tomó la cartera, de la que casi nunca se separaba, y caminó hacia el borde del agua.

Un hombre maduro, veterano en el manejo de las lanchas, estaba trajinando, cuando Terence le saludó.

—¿Qué hay Serge? Un día excelente, ¿eh?

Serge pareció que quería decir algo, pero acabó encogiéndose de hombros.

—¿Tienes mi lancha preparada?

—Lo siento, señor Bronson... La he alquilado.

—Pero... ¿No sabes que es mi preferida?

—Pensé que hoy no vendría, señor. Por eso la he alquilado.

—Está bien, está bien... Búscame una que esté en condiciones.

—¿De verás quiere salir, señor?

—¡Pues claro!

—El tiempo puede cambiar. No es la primera vez.

Otro par de hombres ocupados en la limpieza de las barcas podían escuchar perfectamente.

Serge parecía remiso en dar lo que el joven le pedía, pero éste insistió:

—Vamos, no voy a pasar aquí toda la mañana.

—¡Ésa! —señaló el encargado—. Esa de ahí. La verde.

—Si no va bien te la devuelvo, Serge...

—Le irá... perfectamente, señor Bronson.

—Eso espero.

El de la CIA saltó dentro de la embarcación y puso en marcha el motor fuera borda.

Antes de arrancar, agitó la mano con un:

—Hasta la vuelta.

Serge no pareció capaz de contestar. Su aire abúlico tomó un tinte extraño, mientras el agente destacado en la bella ciudad suiza se alejaba hacia la salida del puerto.

* * *

El hombre rabio del tercer piso del Continental estaba en la terraza con los prismáticos pegados a los ojos y mirando de nuevo a Terence, que en aquellos instantes cruzaba la bocana entre los dos faros.

A lo lejos, el lago iba ensanchándose hasta convertirse en un verdadero mar limitado por el horizonte.

El hombre rubio no se quitó ni un instante los anteojos de delante.

* * *

El señor Baccaro estaba ahora en el jardín, sentado en una silla para inválidos que empujaba Stennossi un servidor tan fiel como

silencioso.

Desde la terraza de la espléndida villa podía divisar una incomparable panorámica del lago.

Descolgó los prismáticos y echó una rápida ojeada. Dejó de mirar, y señalando a lo lejos en el lago, preguntó:

—¿No es aquél Bronson? —Y pasó los anteojos al criado, que miró rápidamente y los devolvió murmurando:

—Sí. Creo que sí. Es su amigo el señor Bronson. Baccaro volvió a dirigir los prismáticos hacia la embarcación, y cuando dejó de hacerlo, su rostro mostró una cierta expresión preocupada.

De pronto, algo ocurrió en el lago. Una explosión seca llegó hasta la terraza de la villa.

Baccaro volvió a mirar y a través de los binoculares pudo ver perfectamente cómo la lancha del agente de la CIA había volado por los aires.

Observó los restos flotando en el agua, las pequeñas llamas que el agua extinguía rápidamente.

—De prisa, el teléfono —pidió.

* * *

A mediodía los canales de la televisión suiza daban ya la noticia, insinuando que sería muy difícil encontrar vivo al ocupante de la lancha.

Por la tarde, los periódicos confirmaban ya la muerte de Terence Bronson.

El agente de la CIA causaba baja en el mundo de los vivos.

Pero...

¿Se trataba realmente de una muerte por accidente?

CAPÍTULO PRIMERO

El vuelo 214, procedente de París, se aproximaba al aeropuerto Kennedy, de la ciudad de Nueva York.

Richard Manny releía una vez más la noticia de la muerte de Terence Bronson, aparecida en los periódicos de París.

Richard, con sus treinta años, llevaba ya siete de servicio activo en la CIA, y no podía por menos que recordar las misiones que había realizado junto a Terence.

Tampoco olvidaba su amistad de tantos años, desde que ambos, nacidos en el mismo Nueva York, correteaban juntos por las calles del barrio donde vivían.

Juntos habían ido a la escuela municipal, juntos habían crecido.

Richard revivía imágenes de aquellos tiempos, sobre todo las palizas que Terence le pegaba cuando jugaban a ladrones y policías.

Sí, Richard, en su niñez, había sido más bien pacífico, bien al contrario de Terence, que era activo y agresivo por naturaleza. De familia más humilde, el agente muerto en el lago de Ginebra poseía la picaresca que da la pobreza, la necesidad. Luego, ya de mayor, comenzó a abrirse paso en la vida. Y si no llegó a triunfar plenamente, supo ganarse la vida con honradez para salir de apuros y poder mantener a sus padres con dignidad.

Luego, mezclado con gente no siempre grata, tuvo oportunidad de prestar un buen servicio a su país. Aquél fue el primer paso para entrar en la CIA.

A los veinticuatro años, Terence ya era agente. Era dos años mayor que Richard, y precisamente por su mediación, un año más tarde, él, Richard, entraba también en la famosa organización de Estados Unidos.

Así se resumía una existencia segada en los años más importantes de la vida. En la edad de la plenitud física.

Richard tenía que pensar forzosamente en ello porque Terence había sido siempre como un símbolo para él. El hombre que se hace a sí mismo sin ayudas.

En la academia de prácticas y adiestramiento también le sirvieron

de mucho los consejos de Terence, y le ayudó, y recibió nuevas palizas.

—Tienes que vencer el miedo a pegar a un contrario —solía decirle.

—Es que..., pelear por pelear..., no sé. A veces tengo miedo a lastimar al contrario —era la respuesta de Richard.

—Cuando te enfrentes con un especialista de karate que intente matarte, no esperes compasión de él —le respondió Terence en más de una ocasión.

Y Richard comenzó a perder aquella no ya timidez, sino especie de contención que se imponía en las peleas, y logró óptimos resultados.

—¡Cuidado, chico! No nos estropees a otro *sparrring* —le dijo el monitor, después de que tuvieron que retirar inconsciente a uno de sus entrenadores.

Y Terence le alentaba:

—Vamos, muchacho, aunque sean monitores, no les tengas compasión. Te romperán un brazo si pueden, sólo para demostrar que no sirves. Cuando alguien sale con el título de «apto» es porque realmente es «apto». ¿Comprendes?

Si, Richard hizo grandes progresos, porque poseía cualidades que aún nadie había sido capaz de hacérselas desarrollar hasta entonces. Y no fue solo en la lucha a brazo partido en lo que destacó durante su adiestramiento. También obtuvo el número uno en perspicacia, intuición, forma inteligente de resolver los asuntos, estrategia, y asimismo obtuvo una de las mejores puntuaciones en puntería, cualidad imprescindible.

Triunfó en diversas especialidades, tales como conocimiento de venenos y sus correspondientes contravenenos.

En fin, si acaso no superó a Terence —eso era algo que jamás se le había ocurrido poner a prueba—, al menos le igualó. Era una importante meta que empezó a valerle las primeras misiones, cada vez más arriesgadas, y que siempre había coronado con éxito.

Y ahora, de regreso de la última de sus misiones en la capital de Francia, leía en los periódicos la muerte de su mejor amigo, de su símbolo.

Pensando en su viuda, murmuró para sí:

—Pobre Lara.

En aquel momento el rectángulo de luz anunció la conveniencia de ajustarse los cinturones y dejar de fumar. Iban a tomar tierra.

La azafata dio una pasada para ayudar a los remisos a ponerse el cinturón.

Por el altavoz, alguien en nombre del comandante informaba del final de la travesía, y tenía palabras de agradecimiento y cortesía para quienes habían utilizado los servicios de la compañía.

Richard consultó su reloj. Eran las nueve de la noche, hora de Nueva York.

Cuando pasó la azafata por su lado, le preguntó:

—Hay un enlace para Washington dentro de una media hora, ¿verdad?

—A las 9,35, con el vuelo 127 de nuestra compañía —informó.

—Gracias.

Instantes más tarde, el avión tomaba tierra. La azafata, que despedía a los pasajeros en lo alto de la escalerilla, al salir Richard, le comunicó:

—Puede ir directamente al avión de Washington. Le facilitarán el pasaje en vuelo. ¿Tiene equipaje?

—Sólo una maleta.

—Déme el resguardo. Haré que se la envíen al avión.

—Gracias una vez más.

Richard bajó la escalerilla para dirigirse a la aduana. Procuró ponerse entre los primeros para seguir los trámites como un pasajero cualquiera.

Mostró su maleta al llegarle el turno y le atendió un conocido que le saludó con una sonrisa.

—¿Has tenido buen viaje, Dick?

—Sí, sí. Date prisa. Me voy a Washington.

—De acuerdo, pasa. Date prisa. Han anunciado el vuelo por la puerta tres.

En aquel instante, el altavoz paralizó la marcha rápida y erguida del agente:

—Lllaman al señor Richard Manny. Lllaman al señor Richard Manny. Diríjase, por favor, a Información «2» de la Panamerican.

Richard se dirigió rápidamente hasta el lugar donde era citado.

—Soy Richard Manny.

—Vaya a la cabina número 7, señor Manny; tiene una llamada de Washington.

Richard se encaminó hacia el departamento de cabinas para entrar

en la que le habían indicado.

Al ponerse al teléfono reconoció enseguida la voz de quien le hablaba cuando éste preguntó:

—¿Eres Manny?

—Sí, Looockwood. ¿Qué hay?

—Tienes buena memoria para las voces —repuso el hombre que estaba al otro lado del hilo, que hablaba con un pañuelo aplicado al microteléfono—. Ya veo que es inútil disimular contigo.

—Looockwood, mi avión sale dentro de... 20 minutos —consultó el reloj—. A medianoche espero estar en casa del coronel. Le llamé desde París. No me entretengas; si hay algo importante, reúnete con nosotros a las doce de la medianoche. ¿De acuerdo?

—No tengas tanta prisa, muchacho. Hay un ligero cambio de planes.

—¿Cambio de planes? No comprendo.

—¿Te has enterado de lo ocurrido en Suiza?

—Sí, lo he leído en el avión. ¿Cómo está Lara? ¿La habéis visto?

—Sí. La hemos visto. Está deshecha.

—Me lo imagino.

—Bien, Richard... A lo que iba. Son órdenes del coronel.

—¿Qué órdenes?

—Sal al aparcamiento. En la segunda fila hay un coche color café. Es un «Dodge» con matrícula de Chicago. Allí te espera el capitán Landfield.

—¿Capitán Landfield? ¿Quién es?

—Ya le conocerás. Un tipo muy activo. Servicios especiales. Es una cuestión de los peces gordos.

—Entonces..., ¿no voy a Washington?

—Olvídate de ese avión y del informe de París. Atente simplemente a las instrucciones de Landfield. Tiene plenos poderes del jefe. ¿De acuerdo?

—De acuerdo porque me lo dices tú, Looockwood, pero tenía deseos de ver a Lara. En estos momentos necesita de todo el consuelo.

—Sí. No te preocupes. Ya la verás cuando regreses de tu nueva misión. Hasta la vista. Date prisa. Y suerte, Richard.

En aquellos instantes el altavoz anunciaba un retraso en la salida del avión nocturno con destino París y enlaces.

—Vuelo 715, destino París y enlace para Ginebra, Zurich, Fráncfort

y Hamburgo, retrasa su salida en quince minutos.

Richard salió del aeropuerto, para encaminarse hacia la segunda fila del aparcamiento. Se orientó y tardó un par de minutos en encontrar el automóvil.

Se acercó a él. Había un hombre al volante. Se miraron ambos.

—Suba, Manny. No tenemos mucho tiempo.

—¿Landfield? —inquirió el agente.

—Capitán Landfield —rectificó el que estaba al volante.

A Richard no le gustó la sequedad de aquel hombre, ni su voz autoritaria, pero se limitó a obedecer sin hacer el menor comentario.

Landfield puso en marcha el auto tan pronto como el agente se hubo sentado a su lado.

—Le hablaré mientras conduzco. Usted debe limitarse a prestar atención.

—¿No trae órdenes escritas?

—No es mi sistema.

—¿Cuál es su sistema..., capitán? —Y pronunció su graduación con marcado retintín, que no pasó inadvertido por su interlocutor.

—El dinamismo. Decir las cosas una vez y no tener que repetirlas. Su jefe directo me ha dicho que usted es el hombre idóneo para la nueva misión. En una palabra, sólo usted puede llevarla a cabo.

Landfield había puesto el coche en marcha y conducía a través de la antigua carretera, toda oscuridad.

—¡Maldita sea! —exclamó Richard, pensando en algo, que no exteriorizó.

—¿Le ocurre algo?

—Nada, excepto que... Bueno, supongo que no tiene importancia —comentó Richard, pensando en la maleta que se había hecho conducir al avión de Washington que ya no tomaría.

—¿Puedo hablar? ¿Seguro que me escuchará a mí sin pensar en otras cosas? —inquirió Landfield, con cierta impaciencia.

—Suéltelo, capitán. Soy todo oídos.

—Si ha hablado con Loockwood, debe haberse enterado de lo ocurrido a su amigo Terence Bronson en Suiza.

—Lo leí en un periódico de París. Asesinato, supongo.

—Eso es lo que usted tiene que averiguar.

—¿Piensan enviarme a Suiza?

—Su avión tenía que haber salido... ahora justamente —repuso Landfield, consultando su reloj—. Hemos conseguido retrasar el vuelo.

Richard tenía noción de haber oído el anuncio por el altavoz cuando terminó de hablar con Washington. Asintió.

—Tomará ese avión y su enlace para Ginebra.

—Es una misión que me complace, capitán.

—Lo sabía. Usted era el mejor amigo de Bronson, ¿eh?

—Más que un amigo.

—Bien. Quizá cuando esté metido en ella no le gustará tanto —y tras una ligera pausa, añadió—: Especialmente si corrobora nuestras sospechas.

—¿Sospechas?

—Mi departamento cree que Terence Bronson no ha muerto.

Richard no hizo el menor comentario. Pareció recapacitar, y esperó a que Landfield continuara.

—¿No le parece extraño que un agente de la CIA, aparentemente muerto en un accidente, sea noticia en los periódicos de todo el mundo?

—La noticia no decía que Terence fuera agente de la CIA.

—No. No lo decía. Y precisamente por tratarse de un suceso entre los miles que ocurren diariamente en el mundo tampoco había razón para comunicar la noticia dentro de las veinticuatro horas de haberse producido.

Richard pensó que Landfield resultaba bastante objetara en su apreciación.

—Parece —continuó el capitán— que han querido informarnos lo más rápidamente posible de la muerte de Terence Bronson para que le olvidáramos.

—Admitido. Pero ¿por qué creen que se trata de una muerte fingida?

Landfield dio la vuelta para dirigirse a la autopista y regresar al aeropuerto.

Permaneció silencioso unos momentos antes de contestar a la pregunta del agente.

—Tenemos alguna sospecha de que... «su amigo» —recalcó el detalle— había llegado a un acuerdo con los agentes del bando opuesto.

—¡Eso es falso! —exclamó Richard, instintivamente.

—Esperaba su reacción, Manny.

—Terence es incapaz de...

—No juzgue a las personas ni siquiera conociéndolas a fondo.

—Terence no es un traidor.

—No sería el primer agente doble, Manny, y usted lo sabe.

—Terence realizó los mejores servicios. Se le tiene en gran concepto. No es posible que puedan pensar eso de él.

—Usted lo averiguará y ojalá nos equivoquemos todos, Manny.

Estaban ya en la autopista. Landfield, deliberadamente, no se había alejado demasiado del aeropuerto, que volvía a estar a la vista de los dos hombres.

—Acepto la misión, capitán. Y me gustará poderles demostrar que mi amigo sigue siendo fiel.

—En todo caso, podrá demostrar que su muerte ha sido auténtica, Manny —con lo cual el capitán le estaba diciendo que si su amigo vivía quedaría confirmada su traición; de lo contrario, estaría probada su muerte. En cualquiera de ambos casos, Terence «había perdido».

—Bien —siguió Landfield—. Las instrucciones concretas son continuar la labor de su amigo en Suiza. Y sobre todo, averiguar si realmente murió en acto de servicio.

—¿Y esa labor?

—Bronson tenía un contacto: Du Mourier. Hotel Continental, habitación 327. Está frente al lago.

Habían llegado de nuevo al aeropuerto.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Landfield.

—No. Sólo un ruego. Que alguien se haga cargo de mi equipaje. —Abrió la portezuela y miró hacia el aire. Un par de aviones acababan de despegar—. En uno de esos aparatos va mi equipaje destino a Washington... Que alguien lo recoja.

—De acuerdo. Tiene cinco minutos. Su avión no despegará sin usted, pero dese prisa. Debemos ser corteses con los demás pasajeros.

Richard agitó una mano ambiguamente y volvió a entrar en el aeropuerto.

La misión en sí era un arma de dos filos porque si Terence Bronson fuese realmente un traidor...

No quería ni siquiera pensar en aquello.

Buscó la puerta de salida para tomar el avión que le llevaría nuevamente a París.

CAPÍTULO II

—¡Eh, Dick!

Era una voz femenina, demasiado conocida para Richard para que el agente no tuviera que volver la cabeza justo cuando iba a cruzar la puerta hacia la pista.

La muchacha corría hacia él con una cámara fotográfica colgada del hombro y bolso de viaje de reducidas dimensiones.

El agente de la CIA se volvió atrás; ella le alcanzó en un par de segundos.

—¡Ya intentabas darme esquinazo otra vez! —exclamó la muchacha entre jadeos.

—Hola, Poomy. Siento que...

—No empieces con excusas, Richard Manny. Eres un desconsiderado. No debería mirarte al rostro... Corro el riesgo de estrellarme contra él. Es puro granito. Tu rostro, claro.

—Poomy, ahora no tengo tiempo de explicarte. Tengo que salir en ese avión.

—¿París?

—Sí.

—Pero... ¿no acabas de llegar?

—Sí, cierto, pero...

—¡Oh, Dick! Me prometiste que nos encontraríamos en el aeropuerto. He tenido que retrasarme un poco por culpa de unos malditos negativos. El «diré» exigió que le entregara las copias de un reportaje y...

—Querida, ahora no puedo entretenerme... Mi avión me espera. Me espera a mí. ¿Comprendes?

—Hum... ¡Maldita profesión la tuya! ¿Es que no se puede servir, al país de otra manera más sosegada?

—Por favor, Poomy, no levantes la voz.

—Me prometiste esta noche, Dick —murmuró ella, malhumorada.

—Tampoco hubiera podido estar contigo. Terence Bronson ha muerto. Creo que te había hablado de él en alguna ocasión.

—Sí, ya lo he leído, pero... ¿Tú qué puedes hacer?

—Hay una viuda de por medio. Yo la conozco bien. Me dirigía a Washington... Esperaba poder volver luego y dedicarte algo más que una noche, pero se me ha ordenado que regrese. Eso es todo, Poomy. La muchacha reaccionó:

—¿Una misión importante? —preguntó, comprensiva.

—Ya sabes que no puedo hablar de mis misiones. —Bien. Voy a tomar ese avión contigo...

—Eso no.

—¿Por qué? No te pido que me pagues el pasaje. Tengo mi tarjeta de crédito y soy periodista profesional.

—No quiero que vengas conmigo, Poomy. Eso es todo.

—¿Y quién dice que voy contigo, señor pretencioso? Tengo libre el fin de semana y unos cuantos ahorros. Quizá en París o en donde sea encuentre un buen reportaje.

—¡Oh! Está bien. Haz lo que quieras. Yo no puedo perder ni un segundo.

—Hago bien en llevarme siempre la cámara conmigo. Es mi arma... Cada cual tiene las suyas.

—¿Y el equipaje también lo tenías dispuesto, verdad? —sonrió él, tomando nuevamente el camino hacia la puerta.

—El equipaje era por si deseabas... pasar el fin de semana con la estúpida de Pamela Star. Poomy para los amigos... ¡Debo ser idiota! Empujó a Richard y tomó la delantera, dispuesta a tomar el mismo avión que el agente.

En el avión, los reactores estaban en marcha, y la azafata, en lo alto de la escalerilla, esperaba al viajero que faltaba, que ahora eran dos.

—Acomode a esa señorita —dijo Richard a la muchacha. Al fijarse en ella, observó que era la misma del vuelo que acababa de realizar.

—Le estábamos esperando, señor Manny —sonrió ella.

—¿Usted tampoco hace fiesta? —sonrió Richard.

—Ya ve que no. He tenido que suplir a una compañera... Venga por aquí. Les acomodaré a los dos.

Pamela. —Poomy para los amigos— dirigió una furibunda mirada a Richard. El comprendió que la debía a la amabilidad con que le trató la azafata.

Pamela añadió por lo bajo:

—Nunca pierdes el tiempo, ¿eh?

—No empecemos, Poomy —repuso él.

La azafata les indicó un asiento doble que estaba libre.

—Pueden sentarse aquí. Y abróchense los cinturones. Partiremos enseguida.

La empleada del avión se dirigió a la cabina para informar al piloto, que masculló:

—¡Vaya! ¿Por fin tenemos órdenes de partir? Ya empezaba a pensar en la conveniencia de quedarme a dormir en París... Bueno, en marcha, muchachos.

Los reactores rugieron a plena potencia y el aparato se dirigió hacia la pista de despegue.

Los pasajeros, con el avión en marcha, estaban más calmados, y todo eran miradas hacia Richard y su inesperada acompañante, porque tenían la impresión de que aquel cuarto de hora, que se había convertido casi en treinta minutos de retraso, era debido precisamente a la pareja.

Richard miró distraídamente por el corredor y fijó la atención en una mujer que momentáneamente se puso de perfil, unos cuatro asientos más adelante. Sus ojos se agrandaron.

—¡No sé por qué hemos tenido que sentarnos juntos, Richard Manny! —masculló Pamela en aquellos instantes—. Al fin y al cabo, no quiero que pienses que te estoy siguiendo.

Si Richard hubiera puesto atención en las palabras de su compañera habría comprendido perfectamente que ella le estaba diciendo justamente todo lo contrario de lo que pensaba. Pero Richard se había levantado ya y se dirigía hacia la mujer que momentos antes se puso de perfil.

El avión daba la vuelta para colocarse en la pista de despegue.

Richard se plantó ante la mujer cuando la azafata asomó un instante y al verle instó:

—Por favor, tiene que sentarse.

Richard hablaba con la mujer, que vestía traje negro bastante sencillo y mantenía en su rostro una expresión impresionantemente serena.

—¡Lara! —exclamó él.

Sí. Era la viuda de Terence Bronson, que pareció sorprendida al ver al amigo de su marido, al que tan bien conocía.

—Lara... Pensaba verte mañana por lo de... Pero ¿dónde vas?

—¿Dónde crees que puedo ir, Richard?

—¿No irás a...?

—Sí. Quiero saber cómo murió, Richard. No me resigno. ¿Comprendes? ¿Qué iba a hacer en Washington? Ni siquiera he podido disfrutar de mi matrimonio.

—¡Por favor! —insistió la azafata junto a Richard.

El agente no la hizo caso.

—Tienes que bajar de ese avión, Lara. No puedes ir allí.

—Sí. Ya me lo advirtieron cuando esta mañana al leer la noticia tomé la resolución de ir. Entonces aún no estaba muy decidida, pero vuestro encantador jefe en persona me explicó que iba a correr una, serie de peligros... No ha querido darme muchas explicaciones. ¡Es una maldita profesión la vuestra! Siempre con medias palabras. Nunca hay modo de saber la verdad.

—¡Vamos a elevarnos! —exclamó la azafata.

—¡Que detengan este avión! —exclamó el de la CIA.

—¡Oh, no! —sonrió la azafata.

—Yo hablaré con el piloto —y empujó suavemente a la azafata para abrirse paso. En la cabina de mandos, alguien le dijo:

—No puede estar aquí.

Pero Richard avanzó hacia el centro de las dos sillas que ocupaban piloto y copiloto respectivamente.

—Lo siento, tiene que regresar. Soy Richard Manny, con poderes especiales para casos de emergencia. El piloto continuó como si no hubiese oído. Durante unos instantes pareció dispuesto a elevar el aparato, ir fin redujo la marcha y murmuró burlón:

—O el Tío Sam ha elegido mal a algunos hombres que le representan, o yo equivoqué la profesión. Escuche, eso no es un tren de juguete que se para y se detiene cuando uno quiere. Llevamos pasajeros normales a bordo que están deseando cruzar el Atlántico y llegar a su destino. Han pagado para ello y para llegar la hora prevista. ¿Por qué diablos no se ponen de acuerdo? Primero le hemos esperado media hora, señor Manny. Ordenes superiores... Ahora usted, personalmente, nos indica que regresemos...

—Lo siento, comandante. Es necesario.

—Está bien, está bien. Lo que usted diga, pero, por favor, si tiene que ir a París, tome el avión de madrugada. Tiene enlaces. Deje que nosotros partamos.

—De acuerdo, tomaré ese avión, y ahora regrese. El piloto se volvió hacia la pista correspondiente mientras Richard hablaba nuevamente con Lara ante renacida impaciencia de los viajeros, que se habían dado cuenta de la maniobra del aparato.

—Lara, hay muchas cosas en ese asunto que no te puedo explicar aquí. Pero tú no puedes ir a Ginebra, Andarías haciendo preguntas y esto... esto podría ser sumamente peligroso.

Richard pensaba en las sospechas del Departamento, que habían llegado incluso hasta el Pentágono. Sospechas respecto a la posible traición de Terence. Por ello su «viuda» no podía ir allí sin correr un grave riesgo que él quería evitar. Por otro lado, si Terence era realmente un traidor, sería un rudo golpe para la esposa. Por muchas razones, era conveniente que Lara siguiera en Estados Unidos.

—Contigo sería con la última persona que discutiría Richard —aceptó la viuda—. Pero tienes que contarme la verdad. ¿Qué ha sucedido realmente? ¿Qué es lo que sabe el Departamento que pretende ocultarme?

—Ya hablaremos.

El avión había regresado al punto de origen. La puerta fue abierta nuevamente y colocada la escalerilla para el descenso.

Cuando Richard pasó delante de su antiguo asiento con Lara, Pamela lanzó un bufido.

Era un gesto que el agente conocía perfectamente y que representaba la válvula de escape de los celos de la periodista.

—Puedes apearte si lo deseas, Poomy —le dijo él—. Yo volaré en el avión de madrugada.

—Hum... Por lo visto, y para según quién, se puede posponer una misión. ¡Pues me quedo! —estalló ella.

El se encogió de hombros, llegó hasta la escalerilla descendió con Lara, la hipotética viuda de su mejor amigo.

Caminaron hacia el aeropuerto, y una vez allí, se sentaron a una mesa de uno de los bares.

—Tengo que irme a Suiza para averiguar precisamente lo que tú deseas saber —le dijo él.

—Pero... ¿Qué es lo que sospecháis? —insistió ella.

—¿Sospechar? Pues... de momento no hay nada en concreto.

—¿Quién le ha asesinado entonces? ¡Sé que esta pregunta es

estúpida! Andáis siempre con una pistola que es apunta a la espalda, pero Terence me aseguró que esta misión no era peligrosa, que simplemente iba detrás de unos datos...

—Y es cierto, Lara... Pero el peligro siempre existe.

—O sea, que... no fue un accidente. Lo admites.

El guardó silencio.

—¿Cuándo sabré noticias tuyas, Richard? ¿O es que nunca sabré la verdad de lo ocurrido?

—Te doy mi palabra de que la sabrás —afirmó Richard, lentamente.

Ella sacó el recorte de uno de los periódicos que había llevado la noticia de forma bastante destacada.

«Una lancha estalla en el lago Lemán, en Ginebra, y perece su único tripulante, un turista americano llamado Terence Bronson».

Una foto del agente aparentando quizá algo menos de los 32 años, y mostrando todo su vigor, su sonrisa optimista, casi burlona, la vitalidad rebosante de un consumado atleta y la inteligencia de un superdotado.

Luego, la reseña continuaba:

«La víctima no ha podido ser hallada pese a la búsqueda realizada por otras lanchas de socorro. Se cree que su cuerpo haya sido destrozado por la explosión y sus restos hayan ido a parar al fondo del lago».

—No pienses más en eso, Lara. Ya sé que es difícil recetar en casos como éstos, pero sólo conseguirás atormentarte si mantienes esa obsesión.

—¿Qué debo hacer, Richard? Tú tienes siempre respuestas para todo.

—Regresa a tu casa.

—No podría. Ahora, no. Todo se me cae encima.

—De acuerdo... Hay un motel cerca de aquí. En un desvío. Te

llevaré hasta allí. Te llamaré todos los días. Si entretanto decides regresar a Washington, comunícamelo. Me instalaré en el Continental de Ginebra.

Ella asintió.

—Vamos. Te llevaré a ese motel —repuso él, poniéndose en pie—. ¿Quieres tomar algo?

Lara negó con la cabeza.

Salieron fuera. Richard hizo un ademán para busca un taxi en la parada.

Richard dio las señas cuando por los aires runruneaban los reactores del avión que se dirigía a París.

En algún punto de la autopista, en un desvío, capitán el Landfield, con el auto detenido, observaba hacia el cielo como si con la mirada siguiese la trayectoria del avión.

Richard, en el taxi, al lado de la viuda de su amigo admiraba la serenidad de la mujer.

De pronto, el taxista frenó bruscamente. En algún lugar lejano acababa de sonar una tremenda explosión.

—¡Eh! —gritó el conductor—. ¡Fíjense! Allá arriba.

Señalaba el lugar en el espacio que momentos antes había ocupado el avión en vuelo.

Richard también tenía la mirada fija en aquel punto.

El avión —su avión— que había abandonado momentos antes acababa de estallar en el aire, convirtiéndose en una bola de fuego que rápidamente se desintegró en fragmentos de todos tamaños, que como ascuas de fuego caían vertiginosamente hacia tierra.

—¡Santo Dios! —exclamó Lara, aterrada por el espectáculo y también por la muerte de la que acababa librarse.

CAPÍTULO III

Las sirenas de las ambulancias, de los servicios policiales, sonaban a lo lejos.

El taxi había llegado ya al motel. Lara seguía consternada.

Richard pagó al chófer y murmuró:

—Avisaré a Washington de que no viajo en ese avión...

—¿Supones que... no ha sido un accidente, verdad? —preguntó ella.

—Temo que no.

—Entonces..., ¿quién viajaba en ese avión?

—Viajaba yo, Lara. Pero no acabo de comprender. Ésta fue una decisión de última hora... En todo caso sólo dispusieron de unos veinte o veinticinco minutos para preparar el siniestro. No está muy claro. ¡Vamos, vamos dentro! Tengo que llamar urgentemente.

Lara se instaló en el *bungalow* del motel en cuya puerta figuraba el número 112.

Era un dormitorio con pequeña salita y cuarto de servicios. Ella dejó el equipaje sobre un taburete y Richard pidió la conferencia con Washington:

—Despacho de Andrew Looockwood. De persona a persona. Si no está, pruebe en su domicilio particular —y le dio el número de teléfono correspondiente.

Mientras aguardaba, la mujer preguntó:

—¡Richard! ¿No podía ser esto para mí?

—Hum... ¿A quién hablaste de tu viaje?

—Sólo lo insinué a tu jefe cuando vino a verme.

—¿Y a alguien más?

—No.

—¿Notaste si te seguían?

—No me fijé, la verdad. No pensaba en eso...

—Bueno. Ahora nadie sabe que estás aquí. Procura no salir. Cuando hable con Washington pediré protección.

Se interrumpió porque una voz al otro lado de la línea le informaba:

—Ya puede hablar, señor.

Y surgió la voz de Loockwood, el ayudante del jefe.

—¡Manny! —exclamó, y parecía extrañado.

—Sí, lo sé. Tú conocías las órdenes, ¿verdad?

—Sí, cierto. Y creí que estabas rumbo a París.

—Pues afortunadamente sigo en Nueva York.

—¿Es que ha ocurrido algo?

—El avión que tomé ha estallado por los aires. Que averigüen esto. Yo saldré de madrugada.

—De acuerdo, de acuerdo, pero... ¿Es que sospechaste alguna irregularidad en el aparato? —preguntó Loockwood.

—Nada de eso. Salvé la vida gracias a la viuda de Terence.

—¡Lara! ¿Es que está contigo? —preguntó de nuevo el ayudante.

—Sí. Iba a bordo. Estaba decidida ir a Ginebra y no quise que corriera el riesgo. No sé para quién iba lo del avión, Loockwood, y por ello quizá sea conveniente que protegáis a Lara.

—Sí, sí, comprendo. ¿Dónde está?

—Motel Laguardia. *Bungalow* 112.

—Tomo nota —respondió Loockwood al otro la da del hilo, y al cabo de un instante, añadió—: Ya está. No te preocupes. ¿Cuándo tomarás el avión?

—De madrugada. Y a propósito... ¿Quién sabía lo del cambio de planes respecto a mí?

—Pues el jefe, por supuesto, y yo, claro.

—Te olvidas de alguien.

—¿Landfield?

—Sí. No me gusta ese tipo.

—Pues díselo a los del Pentágono. Parece que le tienen en gran estima. Yo no sé mucho.

—¿Dónde está el jefe ahora?

—Pues... supongo que pasando el fin de semana en su residencia a orillas del Potomac. Pero no te preocupes, le informaré por conducto urgente ahora mismo... Y buen viaje en tu nuevo vuelo.

La conversación había terminado. Richard se volvió hacia Lara Bronson para decirle:

—Cuidarán de ti, pero no te muevas. Procuraré concluir este asunto cuanto antes.

Lara parecía haber perdido una buena parte de su serenidad.

—¿Por qué quieren matarme?

—No sabemos a quién de los dos iba dirigido esto, Lara... —Y tras un silencio, murmuró—: Lo que siento es que... alguien ha muerto sin culpa. Los pasajeros, una azafata muy simpática, una tripulación ajena a esos sucios manejos...

—Y una chica, ¿verdad? —inquirió ella, comprensiva. Esa chica que saludaste antes de que abandonáramos el aparato.

—Pamela... —murmuró él, tristemente.

—¿Tu novia?

—Bueno... De todas las chicas que conozco, ella es quien tenía más probabilidades de convertirse en la madre de mis hijos. ¡Dios mío! Venía siguiéndome, quería estar a mi lado... Si tan sólo me hubiesen dejado unas horas con ella..., seguramente no habría tomado ese avión.

Lara se levantó para dirigirse hacia el joven.

—Ahora es cuando ambos necesitamos algo para beber. Pídelo, por favor —murmuró Lara.

* * *

—Siento lo de Pamela, Richard —dijo Lara al despedirle un par de horas más tarde. Era ya medianoche y él tenía que volver al aeropuerto, porque además pensaba poner sus cinco sentidos en averiguar quién rondaba el nuevo avión que debía tomar.

—Adiós, Lara. Ya ves, hay cosas inevitables. Recibirás mis noticias, y no temas... —Abrió la puerta del *Bungalow* del motel y miró hacia el exterior. Había una zona ajardinada con altos arbustos y algunas flores.

Miró fijamente hacia aquel lugar y le pareció que alguien se movía por allí.

Su mano derecha se dirigió hacia el sobaco donde tenía su revólver profesional.

—Cierra —murmuró.

—¿Qué ocurre? —inquirió ella.

—No sé, pero cierra y apaga las luces.

Ella obedeció, dejándolo fuera. El avanzó despacio cruzando la explanada. Sus pies, por el buen cuidado césped, no hacían el mayor ruido.

Aguzaba, ojos y oídos mirando en la dirección que había observado

antes moverse a alguien. Tal vez se lo había parecido, pero su intuición le decía que no. Que allí había alguien...

Uno de los arbustos se movió bruscamente y Richard se lanzó al suelo, pegándose contra el césped, en el instante en que se producía un fognazo.

¿Qué había ocurrido?

¿Acaso un revólver con silenciador?

No. Los fognazos de las armas de fuego no producían aquella intensidad de luz.

De pronto apareció alguien, y se produjo un segundo fognazo. Richard ya tenía el revólver en la diestra, pero no llegó a usarlo..., afortunadamente para la fotografía.

—¡Poomy! —exclamó el agente, poniéndose en pie de un salto.

Sí. Poomy, con la cámara en ristre, echaba una tercera foto provista de su potente *flash*, que deslumbró por tercera vez a Richard.

—¿Consolando a la viuda, Dick? —sonrió ella, agresiva—. Quiero tener un recuerdo tuyo saliendo sigilosamente del apartamento de una dama... ¡Una dama!

—¡Poomy! Estás loca... ¡Oh! Y pensar que creí que.

¿Que había muerto? —sonrió ella, burlona—. ¡No, querido! Quería saber qué poderes ocultos ejercía sobre ti esa mujer que era más importante que tu servicio...

—Poomy, escucha...

—No, querido. Si es natural... Lo comprendo perfectamente. Hace dos horas no podías charlar conmigo por no dejar una importante misión, pero en el último instante la pospusiste por acompañar a una dama en un *Bungalow*...

—¡Maldita sea, Poomy! Estoy cargado de problemas vienes tú y...

—¿Celebrarías que me hubiese muerto, querido Dick?

El se aproximó.

—Escucha, cabeza de chorlito. Hace un momento estaba diciendo a Lara Bronson algo que...

—¿Le estabas hablando de mí? —interrumpió ella.

¿Quieres dejarme hablar? Te advierto que tengo o tiempo.

—Siempre andas escaso de tiempo cuando se trata hablar conmigo.

—¡Al diablo, Poomy! Tengo que irme. Dio la vuelta y se dirigió de nuevo al *bungalow*. Llamó y dijo:

—Soy yo, Lara —y ella abrió al instante..., y al instante en que

Pamela hizo una nueva foto.

Richard puso cara de resignado y murmuró:

—No es nada. Puedes estar tranquila.

—Te he oído. Es la periodista, ¿verdad?

El asintió.

—Celebro que se haya salvado. Lo celebro por ti. No seas tonto. No discutáis. Dile que la amas. Aprovechad el tiempo ahora que podéis...

Había un tono de marcada tristeza en las palabras de Lara.

El la barbilleó.

—Eres una mujer admirable, Lara. Te tengo un gran afecto.

—Ve con ella, Richard —insistió la viuda antes de cerrar la puerta.

Pero cuando Richard dio la vuelta, Pamela había desaparecido. El trató de localizarla, pero no lo consiguió. Parecía como si la tierra se la hubiese tragado.

Asomó hacia la entrada del motel y la luz de un par de focos guiñaron. Era un automóvil. Richard parpadeó y siguió avanzando prevenido.

La voz de Landfield surgió del interior del vehículo.

—Vamos, Manny. Llevo un buen rato esperando —dijo el capitán.

* * *

De regreso al aeropuerto, Landfield, al volante de su coche, comentó:

—Hizo usted bien en advertir a Washington. De lo contrario, le habríamos dado por muerto. Difícilmente pudo salvarse alguien. Yo estaba en la carretera y vi el accidente. —Lo dijo de forma fría, como si comentara algo intrascendente.

—Parece que lamenta que hubiese dejado el avión.

—Hizo bien. Me refiero a la señora Bronson. Es mucho mejor que no vaya a Ginebra; sólo conseguiría complicar las cosas.

—Es lo que pensé.

Y como Landfield ya no volvió a despegar los labios, fue Richard quien rompió el silencio para preguntar:

—¿Le avisó Loockwood?

—Después de que usted le hubo llamado. Usted sabe cuán eficiente es nuestro servicio.

—Entonces debe vivir usted muy cerca, capitán...

—Siempre procuro hallarme en el lugar donde puedan localizarme.

—La respuesta fue seca, desabrida. Y Landfield viró hacia la derecha, eligiendo un oscuro sendero.

—¿Y dónde vamos ahora? —preguntó Richard, atento desvío.

—Precauciones —repuso Landfield, observando el retrovisor.

Un automóvil que hasta aquel momento parecía haberles estado siguiendo continuó por la autopista.

—Ya me había fijado en ese coche, capitán —dijo Richard.

—Estoy seguro de ello —respondió el aludido, y siguió la marcha por el solitario sendero.

CAPÍTULO IV

Probablemente, la actitud del agente de la CIA Richard Manny hubiera sido menos confiada en aquellos momentos, mientras el capitán Landfield seguía conduciendo el automóvil, de haber podido captar a través de la línea telefónica lo que sucedió después de que él hubiese colgado el teléfono tras su llamada a Washington. Loockwood, uno de los hombres de confianza del jefe, tras recibir la información de Richard, necesitó tomar un trago de *whisky* y serenarse.

Loockwood, que estaba en su apartamento, cercano al río, vació la generosa ración de alcohol que acababa de tomarse y se lanzó de nuevo al teléfono. Pidió comunicación con cierto número de Nueva York sin citar nombres.

La respuesta a su llamada fue contestada por Landfield, en el interior de un caserón de aspecto abandonado y sitio a pocos kilómetros del aeropuerto Kennedy, en una zona destinada a nueva urbanización, y cuyas escasas edificaciones habían sido ya desalojada: por sus antiguos inquilinos.

Landfield, que había sido testigo de la catástrofe aérea, escuchó atentamente lo que Loockwood tenía que comunicarle y su cara, impávida, no mostró la menor emoción.

Se limitó a hacerse repetir el nombre y emplazamiento del motel donde Richard había llevado a Lara Bronson, y tomó buena nota de ello.

—Motel Laguardia, *bungalow* 112. Bien. Seguramente Richard Manny estará allí.

Loockwood había recalcado:

—Si no le encuentras estará en el aeropuerto. Su próximo avión sale de madrugada... Hay dos; lo he consultado en la lista. Ignoro cuál de ellos tomará.

—No te preocupes... Richard Manny no tomará ninguno de ambos vuelos —había sido la escueta y segura respuesta del extraño y frío capitán Landfield.

Y Richard, que seguía en el automóvil, viendo alejarse cada vez más la ruta principal, preguntó:

—¿No le parecen suficientes precauciones, capitán?

—Tiene razón, Manny. Estamos ya lo bastante lejos de donde yo quiero, y lo bastante cerca de... su tumba.

Antes de concluir la frase ya había sacado de su bolsillo un revólver, cuyas características definió Richard mentalmente. Era un arma de fabricación americana. Un tipo a extinguir, pero no por ello falto de eficacia.

—¡Salga! ¡Y cuidado con querer pasarse de listo! ¡Vamos, deprisa!

Con el dedo en el gatillo, y empujándole con el grueso cañón del arma, Landfield obligaba al de la CIA a retroceder.

Richard le observó atentamente con absoluta serenidad.

—Nunca me gustó usted, Landfield. Pero confieso que tampoco esperaba que trabajásemos para bandos opuestos.

—La vida está llena de sorpresas... ¡Salga! Abra lentamente y baje del coche.

Richard puso la mano detrás y palpó el botón que abría la portezuela. No se dio demasiada prisa en ello.

—No he terminado de hablar, Landfield...

—¿Y qué importa? No va a vivir mucho, y lo sabe. Está tratando de ganar tiempo, pero lo pierde lamentablemente. Mire detrás suyo.

Richard volvió lentamente la cabeza. Entre la oscuridad, rasgada ligeramente por la luna, pudo ver lo parecía un precipicio. Eran obras. Las obras de una nueva urbanización, excavaciones para extraer Todo parecía abandonado.

Aquel agujero iba a ser su tumba.

—Tardarán en encontrarle. Pero eso importa poco, ¿verdad?

Richard se volvió.

—Estaba intentado decirle que me extrañó mucho que ese artefacto que estalló pudiera haber sido preparado para mí. Quince minutos no es mucho tiempo para preparar salvas de despedida, a menos que alguien conociera mi destino antes de esos quince minutos.

—¿Se cree muy listo?

—Eso me hizo sospechar de usted, «capitán».

Y apenas acabó de decirlo, con la portezuela ya quitado el seguro,

la empujó, dejándose caer en el suelo.

Landfield disparó, pero la bala de su revólver pasó por encima del cuerpo del agente, que ya había desenfundado el suyo.

El falso capitán, comprendiendo el peligro, salió apretadamente por la otra puerta, pero el agente, con una agilidad imposible de describir, había dado la vuelta y disparaba no a matar, sino a fin de desarmar a su enemigo.

Landfield, rodilla en tierra, vio cómo el revólver desaparecía de sus manos y quedaba a merced del hombre que de forma tan inverosímil se le había escapado de las manos.

Sin embargo, el de la CIA no utilizó su revólver para terminar con él, sino que lo empuñó, elevándolo, para descargar un golpe esquinado en el rostro de Landfield, el que abrió una roja cicatriz.

Acto seguido, guardó el arma en el bolsillo y se aprestó a golpearle en el abdomen, aprovechando que su enemigo se llevaba las manos a la parte herida del rostro.

Landfield acusó los dos demoledores impactos, pero mantuvo el conocimiento, que era exactamente lo que se proponía el agente, que continuó el castigo mediante un directo demoledor en el rostro que hizo sangrar la nariz de su enemigo.

Luego se aferró a las solapas de su chaqueta y, acercándose violentamente, le conminó:

—Ahora me dirás para quién trabajas, hijo de...

Landfield jadeaba por los golpes recibidos; no lograba acompasar la respiración, y Richard continuaba zarandeándole sin darle la menor oportunidad a rehacerse.

—¡Vamos! No esperes de mí mayor compasión. Empieza a cantar ahora mismo..., «capitán».

—No, Manny..., tú no me matarás... Soy demasiado valioso, y necesitas conocer lo que yo sé...

—No esperes tanto de mi curiosidad —y Richard saco el revólver con la derecha, sin dejar de sujetarle con la zurda.

—Llévame ante el viejo. Es lo único que quiero.

—¿A Washington?

—¿Por qué no? Tú no eres un asesino. Eres un buen agente y debes cumplir con tu deber.

—¿Pretendes darme lecciones? —Richard le soltó propinándole un zurdazo en la mandíbula que le tumbó al borde del precipicio.

Medio inconsciente, sin haberse aún repuesto de los golpes anteriores, intentó levantarse, pero recibió un rodillazo, no pegado con la fuerza suficiente para dejarle definitivamente fuera de combate. Richard no lo deseaba... aún.

—Está bien. Quieres ir a Washington, ¿eh? Desnúdate.

—¿Eh?

—¡Que te desnudes! Toda la ropa. ¡Absolutamente toda!

El falso capitán asintió.

* * *

Loockwood, entretanto, había ido a avisar a quien él ya sabía.

No quiso arriesgarse a perder ni un solo momento y utilizó su propio coche, después de asegurarse de que en aquellas horas —medianoche— no había nadie en la calle.

Condujo hacia las afueras de la ciudad, y tomó la avenida paralela al Potomac.

En diez minutos se halló ante el caserón, al otro lado del río, en un barrio habitado principalmente por gente de color.

Excepto algunas luces procedentes del interior de las casas, todo lo demás respiraba una atmósfera de calma. La mayor parte de la gente dormía.

Loockwood entró en el caserón, aislado, vieja construcción de madera que acusaba el paso de los años.

Llamó con una señal convenida sobre la maciza puerta, lo único que parecía haber sido cambiado para asegurar bien la entrada.

Tuvo que esperar hasta que alguien abrió una mirilla y preguntó.

Loockwood repuso nervioso:

—De prisa. Quiero hablar con el jefe. La puerta se abrió al cabo de unos instantes y Loockwood fue introducido en un despacho escaso de luz y de aspecto lúgubre, que ya conocía.

El «jefe» apareció poco después. Loockwood le oyó antes de verle.

El crujido del maderamen de las escaleras y el andar peculiar, ligeramente renqueante del hombre, le advirtieron de su presencia.

El «jefe», visto de espaldas, a la altura del hombre que había abierto la puerta, aparecía como un tipo de mediana estatura, ancho de espaldas, fuerte de complexión. Su voz era extremadamente profunda, aunque sólo se limitó a decir:

—Habla.

—Hay dificultades. Nuestro hombre abandonó el avión. Aún vive. He llamado a Landfield. Dijo que le avisara a usted.

—¿No te habrán seguido?

—He tomado mis precauciones.

—Bien. ¿Eso es todo?

—Sí.

—Puedes marcharte —repuso el «jefe».

Ya no había nada más que decir. Looockwood, sin embargo, estaba preocupado, nervioso.

—Toma un trago y acuéstate —fue la última recomendación del individuo del caserón—. Los nerviosos traen problemas.

—Pero es que...

Con un ademán, el «jefe» le conminó a retirarse. Obedeció sin añadir palabra.

Luego, el hombre de la voz profunda y de paso renqueante se dirigió hacia un aparato que extrajo de la pequeña biblioteca del despacho.

Era una emisora de radio, con la que procedió a transmitir un mensaje con destino a Nueva York.

* * *

Landfield estaba tal como Dios le echó al mundo. Su ropa había quedado en el suelo. Y Richard, sin dejar de encañonarle, abrió la maleta del coche. Vio que había únicamente una rueda y una manta. Examinó la rueda y luego sacudió la manta.

—Toma —se la ofreció—. Me das asco.

Landfield se cubrió con la manta, mientras Richard, algo más distanciado, procedió a registrar con meticulosidad las pertenencias que se encontraban en la ropa del falso capitán.

No había nada comprometedor. Billetes de Banco. Unos ciento cincuenta dólares, calderilla, unas llaves, cerillas, tabaco, un «Derringer», pañuelo...

Tomó el «Derringer» y lo guardó en el bolsillo trasero. Luego, fijando su atención en la chaqueta, quitó del hojal superior una especie de emblema, descubriendo enseguida que se trataba de un micrófono transmisor. Un aparato inverosímil para transmisiones a

corta distancia.

Nada más. Tiró el transmisor al fondo de la cantera y metió lo demás en los bolsillos de la ropa de Landfield, asegurándose que en las costuras no había nada de interés.

Tampoco esperaba encontrarlo. Un agente, pertenezca al bando que sea, jamás lleva encima cosas que puedan comprometerle o delatar a sus cómplices.

—Vístete. Vas a conducir el coche hasta el aeropuerto. Yo iré detrás. A la menor tontería, dispararé. No me importa quedarme sin saber quién te paga. Los tuyos ya darán señales de vida. Así que... tú verás lo que fe conviene.

Y ya sin más palabras, en cuanto Landfield estuvo vestido de nuevo, empuñó, el volante del automóvil. Richard se sentó en la parte posterior y apoyó el revólver en su nuca.

—Es para que no te olvides que estoy aquí —dijo.

Landfield puso el motor en marcha, dio la vuelta a p explanada y tomó de nuevo el sendero en dirección a la autopista.

Conducía a velocidad normal, guardándose muy mucho de cometer alguna imprudencia que permitiese a Richard cumplir su promesa.

Lo que desde su puesto el agente no pudo ver fue la pequeña palanca situada debajo del embrague del coche.

Era, menos que un pedal, un botón, al que bastó que Landfield lo apretara con el pie.

Inmediatamente se puso en marcha un dispositivo transmisor situado en la parte trasera del auto, acopiado justamente en el interior del altavoz de la radio.

El transmisor emitía una señal determinada que no tardó en ser captada por el ocupante de un automóvil detenido cerca de la autopista.

Un individuo alto y robusto sonrió al comprobar, en una diminuta pantalla la dirección que de acuerdo con la señal tomaba el automóvil emisor.

El tipo sonrió.

—Bien... Hacia el aeropuerto —se dijo a sí mismo, y puso en marcha el auto a velocidad prudencial.

Algunos minutos más tarde, cuando el coche conducido por el falso capitán llegaba a la autopista, su cómplice ya le estaba aguardando y no tuvo más que seguirle.

Richard tenía toda la atención puesta en Landfield. No advirtió en absoluto que entre los demás coches que circulaban había uno que les estaba siguiendo a ellos.

O acaso eran... dos.

CAPÍTULO V

Richard pasó por la oficina de la compañía aérea llevando por delante a Landfield, a quien ni un solo momento había dejado de encañonar.

El falso capitán, mientras el agente de la CIA estaba adquiriendo los dos pasajes para el primer vuelo, de madrugada hacia la capital federal, observaba distraídamente en torno suyo.

Cerca de la sala de espera, en pie, y como quien hace tiempo para la salida de su vuelo, estaba el hombre alto y robusto que había seguido al coche de Landfield.

El falso capitán sonrió para sí, cuando Richard abonó el importe de los pasajes que guardó en un bolsillo, actuando siempre con la mano izquierda como si fuera zurdo. Porque la derecha la tenía ocupada con el revólver que guardaba en el bolsillo de su gabardina, procurando que su enemigo sintiera al menos de cuando en cuando el contacto.

Landfield tomó el camino donde se hallaba su cómplice que fingía poner toda su atención en la última edición de un periódico que tenía entre sus manos.

Landfield aminoró la marcha al aproximarse al individuo. La sala del aeropuerto estaba casi vacía. Algunos bares habían cerrado ya y quedaban muchas sombras en la penumbra.

De pronto el tipo que fingía leer el periódico, tan pronto hubo pasado el federal, se revolvió y mientras le zancadilleaba con un pie, le propinaba un estudiado golpe de *jiu-jitsu* con la diestra.

El inesperado ataque hizo que Richard se tambaleara mientras Landfield aprovechaba para seguir huyendo en dirección a la puerta.

El agente iba a sacar el revólver, pero seguía teniendo a otro enemigo detrás que de un puntapié en el costado le hizo lanzar un grito.

La rapidez con que se sucedían los acontecimientos no había permitido aún a la escasa concurrencia darse cuenta de nada.

Y mientras, Richard se incorporó dispuesto a lanzarse contra su

agresor, pero éste, saltando acrobáticamente, le alcanzó con los pies en el rostro y ya sin esperar más se lanzó en desenfrenada carrera para alcanzar la salida.

Richard reaccionó cuando ya sus dos enemigos habían alcanzado la salida.

Sacó el revólver para disparar así que les viera, pero al llegar fuera había un grupo de personas que se dirigían hacia la entrada, y para no herirlas tuvo que desistir de hacer uso del arma.

Entonces vio cómo el coche de Landfield salía a todo gas. Lo primero que hizo fue disparar contra las ruedas, pero enseguida y a su espalda escuchó dos fuertes estampidos.

¡El otro tipo, y desde otro automóvil, le estaba, disparando a él!

Richard se lanzó al suelo y bendijo la mala puntería de su agresor, que a su vez ponía en marcha el vehículo, haciéndolo en dirección opuesta a la tomada por Landfield.

—¡Taxi! ¡Taxi! —gritó el de la CIA, viendo cómo en unos instantes se le escapaban dos peligrosos enemigos.

No había ni uno, y en aquellas horas resultaba normal.

Lo que ocurrió fue que de entre la zona oscura surgió un automóvil de tipo utilitario que súbitamente se cruzó a gran velocidad en la trayectoria del auto que conducía el cómplice de Landfield.

El tipo alto y fornido, al darse cuenta de que iba a chocar, viró bruscamente hacia la izquierda. La gran velocidad a que iba ya en el arranque hizo que las ruedas traseras patinaran aparatosamente. Le fue imposible dominar el vehículo, y deseoso de huir, pisó a fondo el gas, pero sólo consiguió embestir una de las gruesas farolas del alumbrado.

Fue un golpe tremendo, que a menor velocidad habría limitado el daño a una abolladura en el coche y poco más, pero con el gas a tope el capot se arrugó como un acordeón y el conductor del vehículo recibió un golpe fatal en la frente al ser empujado primero hacia atrás y sin solución de continuidad hacia delante.

El eje del volante quedó incrustado en su pecho.

Cuando Richard asomó la cabeza a la ventanilla vio sólo un cadáver.

Luego, al volverse, se encontró con el oportuno propietario del vehículo que se había cruzado con el fugitivo.

No era un propietario. Era «propietaria».

—¿Todavía estás aquí? —preguntó Richard, mirando a la muchacha de la máquina de fotografiar colgada del hombro.

—Te he hecho un buen servicio, ¿verdad? —sonrió Pamela.

—¡Oh!

—Y todavía tengo más sorpresas para ti. He hecho bastantes fotos...

—Estupendo, Poomy... Pero ahora, si quieres seguir favoreciéndome, préstame el coche. Necesito alcanzar al otro tipo.

—Tengo el número de la matrícula... Os he estado siguiendo.

—Ya me contarás esto... —Y Richard se metió dentro del utilitario de la periodista, pero ella dio la vuelta situándose a su lado.

—Poomy... Esto puede ser peligroso... Sólo te he pedido el coche...

—¡Ah, ah! —sonrió ella, sacudiendo la cabeza en forma negativa—. O los dos, o ninguno.

—Sólo quiero evitarte peligros.

Ella esgrimía las llaves con la mano, moviéndolas de un lado a otro.

—Está bien. Los dos —dijo, y le arrebató las llaves. Puso nuevamente en marcha el auto y se lanzó por la autopista.

—¿Dónde vamos? —inquirió ella.

—Nos ha tomado mucha ventaja, pero temo que ya sé dónde encontrarle.

—Al motel de la viuda —adivinó ella.

—Tú lo has dicho.

—¡Caray con la viudita! Está teniendo mucho éxito.

—No estoy muy seguro de que Landfield pretenda hacerle el amor. ¿No te das cuenta? Esa mujer está corriendo un grave riesgo —dijo Richard, y pisó con más fuerza el pedal acelerador.

El utilitario no podía desarrollar grandes velocidades, pero en manos de un experto desarrollaba un ritmo continuado que maravilló incluso a su propietaria.

—¡Caramba! Parece el caballo volador del cuento.

—¿De qué cuento me hablas?

—De uno de *Las mil y una noches*.

Richard apenas escuchaba, tenía la mirada puesta en la pista que tenía delante. No había el menor rastro, del auto al que estaba siguiendo.

Lanzó una maldición al observar que el motor del utilitario ya no daba más de sí.

—Cuando sea millonaria me compraré un coche con alas. ¿No los

fabrican ya para los hombres rápidos de la CIA?

—Parece que todo esto te divierte mucho, Poomy.

—Bueno, en su fin de semana libre una puede elegir la diversión que más le guste, ¿no?

—¿Por qué no te fuiste a casa?

—Me dio por seguir al tipo ése. Te vi subir en el automóvil y...

—¿Ibas tras nuestro cuando nos desviamos?

—Sí.

—¿Viste lo que ocurrió al pie de una cantera?

—Llegué un poco tarde. No quería que me vierais, pero ¡vamos! ¡Qué cosas hacéis! ¡Mira que hacer desnudar a ese hombre!

—¡Sí! Compadécele. Quiso matarme.

—Me lo imagino, querido, pero no hay quien pueda contigo.

Richard no hizo ningún comentario al tono de la muchacha. A veces no sabía dónde terminaba su humor y empezaba su ironía disimulando el temor que sentía a que a él pudiera ocurrirle algo.

Por otra parte se estaban acercando al motel. Richard decidió salirse de la pista. Aprovechó unas obras de ampliación para marchar a través de ellas y meterse por una pronunciada pendiente hacia un camino pedregoso.

El coche marchaba sin perder la velocidad dando tumbos y obligando a Pamela a sujetarse.

La sombra del motel apareció a un centenar de metros.

Richard avanzó un poco más y luego frenó, saliendo de estampida.

—Acércate despacio, yo continuaré a pie. Por lo que más quieras, no vuelvas a la carretera y apaga los focos.

—¿Nada más, jefe? —sonrió ella.

Richard corría por el descampado hacia los arbustos que delimitaban la zona del motel.

En aquellos instantes, y en el callejón entre los jardines del *bungalow* 112, se hallaba detenido el auto de Landfield, que se hallaba en el umbral de la puerta frente a Lara.

Ella estaba diciendo:

—Es que no sé...

La voz de Richard llegó hasta los dos.

—¡Lara! ¡Lara!

Ella se hizo hacia atrás.

—¡Vamos, señora Bronson! —exclamó el falso capitán, y ante la

indecisión de la mujer, la agarró del brazo tiró de ella para obligarla a seguir hasta el coche.

—¡No! —gritó ella.

Richard estaba pasando entre los setos y Landfield seguía tirando de la mujer para llevarla hasta el coche.

El de la CIA apareció a unos quince metros de ambos.

—¡Déjala, Landfield! —gritó, con el revólver en la diestra.

El falso capitán puso a la viuda por pantalla.

—Si disparas, será ella quien reciba, Manny. Ya lo sabes —y retrocedió lentamente.

Richard no podía hacer otra cosa que mantenerse a la expectativa. Intentó avanzar, pero Landfield le advirtió.

—¡Cuidado, Manny!

Richard sabía que el otro no llevaba armas y por lo tanto podía arriesgarse. Y dudó en hacerlo.

Landfield debió comprender que tenía las de perder, porque, inesperadamente, empujó a Lara hacia el de la CIA y se precipitó al automóvil.

El empujón evitó que el agente pudiera utilizar el revólver en el acto y enredado con la mujer, vio cómo el coche se les metía prácticamente encima. ¡Iba a atropellarles!

Los rápidos reflejos del agente permitieron conjurar peligro, y empujando a Lara, rodaron los dos por el suelo mientras el automóvil pasaba a escasa distancia.

Un fogonazo surgió en la oscuridad.

«¡Pamela otra vez!», pensó el agente, mientras Landfield, definitivamente, lanzaba el coche hacia la autopista.

Sí. La joven periodista no perdía ocasión de disparar su *flash* con oportunidad.

—¡El coche! —gritó el agente—. Necesito seguirle.

—Está ahí, querido.

—Está bien, cuida de Lara. Ya te he explicado quién es. —No había tiempo para presentaciones protocolarias. El falso capitán se escapaba y Richard corría el pos del auto de Pamela para seguirle.

Lara y Pamela quedaron mirándose unos instantes hasta que la viuda, rompiendo el silencio, invitó a la otra a que entrara en el *bungalow*.

—¡Qué oficio, señor! —exclamó Pamela, y luego añadió—: Bueno...

Richard me ha dicho lo que le ocurrió a su marido.

Entretanto, Richard, al volante del utilitario de la periodista, perseguía frenéticamente al auto de Landfield, que enfilaba hacia el centro.

El de la CIA necesitaba detener su marcha como fuera. Sacó el revólver y a una distancia de un centenar de metros trató de alcanzar una de las ruedas trasera del vehículo.

Apuntó bien sin perder el control del coche.

Pero su perseguido logró aumentar la ventaja que le llevaba y desvió por un descampado hasta enlazar con la antigua carretera. Ahí cometió un error, porque la autopista cortaba terreno, y Richard siguió por ella para, tras una suave curva, meterse de lleno en el descampado. El coche de Landfield se acercaba a él diagonalmente. El falso capitán debió observarlo, porque hizo una brusca maniobra para volverse atrás.

Richard le embistió de lado y el coche de Landfield volcó aparatosamente, quedando su conductor aprisionado dentro de él e inconsciente.

Comenzó a incendiarse con peligro de explosión. Richard luchó temerariamente para extraer el cuerpo inanimado del falso capitán.

El fuego avanzaba peligrosamente y Richard notó cómo su gabardina se chamuscaba. Se desprendió de ella y siguió tirando del brazo de Landfield, que seguía sin sentido. Las llamas habían alcanzado una considerable altura.

A lo lejos se oía la sirena de los motoristas de la patrulla.

El agente de la CIA consiguió sacar el cuerpo de Landfield. Tiró de él con fuerza, no podía tener miramientos en aquella ocasión, y a su vez se lanzó al suelo cuando sonó la explosión.

* * *

El coche de Pamela había quedado chamuscado y con una considerable abolladura. La explosión lo lanzó dos palmos atrás, pero aún funcionaba.

—Menos mal —murmuró el agente—. Voy a necesitarlo.

La patrulla —dos agentes de carretera— tomaban nota. Richard se había identificado ya.

—Llévenlo al hospital y manténganlo custodiado. Es muy

importante. Ya recibirán instrucciones.

—Hemos llamado a la ambulancia —dijo uno de los patrulleros.

La sirena anunciaba su proximidad. Richard permaneció allí hasta que Landfield fue cargado en el vehículo sanitario.

—Iré con ustedes en el coche. ¡Ah! Necesito protección para el motel Laguardia. Que envíen a alguien. Hay dos mujeres solas en el *bungalow* 112.

La ambulancia se puso en marcha. Uno de los agentes pasó las instrucciones del de la CIA a través de la radio de su motocicleta. Richard marchaba detrás, procurando no perder contacto con el vehículo que se llevaba a Landfield. Para él —y para toda la organización—, aquel hombre era de oro. Todo lo que pudiera decir iba a ser de vital importancia.

CAPÍTULO VI

—Ha muerto —dijo lacónicamente el jefe. Archibald Ramsgatte, jefe del departamento a que pertenecía Richard Manny, era un hombre robusto, alto, de rostro enérgico y voz pausada.

Antiguo y eficaz agente, Archie, que aparentaba unos cincuenta años, disimulaba a la perfección su pierna ortopédica, perdida en acto de servicio.

Ahora se hallaba en pie, en su despacho de Washington, frente a Richard Manny.

Colgó el teléfono por cuyo conducto le había llegado a noticia que acababan de comunicarle de Nueva York. El «capitán» Landfield había muerto en el hospital.

—Era un maldito hijo de perra, pero me hubiese gustado oírle cantar... Era nuestra única pista. Lo siento, señor.

—No lo sienta, Manny. Ha cantado —repuso el jefe, sin expresar la menor emoción en su voz.

—¿De veras? —Richard lanzó un suspiro.

—Sí. Le han obligado. Inyectándole. Era la única salida.

—¿Qué ha dicho?

—Lo sabremos en cuanto tenga las cintas que ya están por los aires rumbo a Washington. Pero entretanto, usted y yo tenemos algo de que hablar. ¿No cree?

—Recibí la orden de tornar aquel avión del propio Landfield. Loockwood me advirtió por teléfono desde su despacho apenas llegué al aeropuerto.

—Loockwood no le llamó desde mi despacho, por supuesto.

—¿Qué...?

—Richard... Hace algún tiempo que ciertos informes secretos se filtraban. Salían del ámbito de estas paredes y eran conocidos fuera de aquí. Mis dos secretarios Loockwood y Walker, eran los únicos que tenían acceso a los papeles y a mi despacho. Sólo podía ser uno de ellos. Primero me incliné por Walker, porque durante estos días que ha estado ausente parece que las cosas iban mejor; sin embargo, Loockwood se ha descubierto a sí mismo llamándole.

—¡Loockwood! Jamás hubiese podido imaginarlo —murmuró Richard, que aunque tenía escasa capacidad para asombrarse de algo, la idea de que un ayudante del jefe fuera un traidor, por lo menos había conseguido arrancarle aquella exclamación.

—Duro trabajo el nuestro. Richard, y lleno de tentaciones. En fin, usted les estorbaba y decidieron que tomase aquel avión que usted afortunadamente dejó a tiempo. La bomba la colocó un especialista que ya ha sido detenido, según acaban de comunicarme.

—¿Por qué querían deshacerse de mí? —inquirió Richard.

—Porque sabían que pensaba cancelar su misión para mandarle a Suiza. Usted, por su amistad con Terence Bronson, seguramente podría descubrir cosas que ellos no les interesaba, y el mejor modo de evitar sus descubrimientos era eliminarle.

—¿Y qué suponen que puedo descubrir, señor?

—La verdad —dijo lacónicamente el jefe.

—Entonces..., ¿es cierto que suponen que Terence... vive?

—Antes no estaba muy seguro, pero después de lo ocurrido... ¿Qué opina usted, Manny?

—No sé... Terence siempre fue fiel. Uno de los mejores agentes...

—También era fiel Loockwood. Hasta que dejó de serlo.

Richard no contestó, y tras una pausa, el jefe siguió hablando para darle instrucciones.

—Irá usted a Suiza, Manny. No me gusta encargarle esta misión. Temo que vaya usted predispuesto en favor de su compañero y amigo...

—Cumpliré con mi obligación, señor.

—En el supuesto que tuviera que enfrentarse a Terence si viviese, ¿lo haría también?

—Si es un traidor...

—¿Sería capaz de matarle llegado el momento?

—No llegará ese momento... Estoy seguro.

—Manny, debo confiar en usted, por alguna razón que aún desconozco usted puede llegar hasta la verdad con respecto a Terence Bronson. Me lo ha demostrado el que hayan atentado contra su vida... No querían que fuese a Suiza. ¿Comprende?

Tras un silencio, Richard asintió:

—Puede confiar en mí, señor. Como siempre.

—Eso espero. Bien... —Cambió el tono de su voz para informar a

Richard de su misión específica—. El trabajo de su amigo en Ginebra era estar al tanto de los manejos de cierta organización, que según nuestras sospechas se propone asesinar a cierto personaje importante que va a visitar Suiza. Se ignora la fecha de esta visita, que ya ha sido demorada por cuestiones de seguridad. Terence estaba allí, para infiltrarse entre los asesinos y evitar que el asesinato se consumara.

—¿Quien es ese personaje?

—Eso lo sabrá en Ginebra.

—Landfield me habló de un tal Du Mourier.

—Sí. Du Mourier es nuestro hombre en Ginebra.

—Hotel Continental, habitación 327 —recordó Richard.

—Exacto. En eso Landfield no le mintió. Conocía los datos por Loockwood.

—¿Y quién era Landfield? ¿Trabajaba realmente en el Pentágono?

—Fue despedido hace tiempo. Su nombre no era Landfield. Existe verdaderamente un Landfield, pero no es él. El verdadero nombre del que se hizo pasar por colaborador mío es, o mejor dicho, era Roger Mendoza, un activista, pero que en realidad sólo buscaba su propio provecho. Había sido pagado por una potencia enemiga para hacer fracasar alguna de nuestras misiones. En especial la de Ginebra. A nuestros enemigos les interesa la muerte de ese personaje que visitará Suiza. Y ya no tengo nada más que decirle.

Richard se puso en pie y añadió:

—¿Y Loockwood? ¿Le han localizado?

—Aún no. Le están buscando. A él y a quien dirige la organización desde Washington.

—Ya... —Luego tras una pausa el agente añadió—: Está también la esposa de Terence. Le prometí mantenerla informada.

—Bueno, si usted quiere responsabilizarse de ella es asunto suyo. De todas formas sea cauto.

—Sí, señor.

—Buena suerte, Manny. Su avión está preparado.

—¿Mi avión?

—Sí, sale dentro de... una hora. Le llevará a España, desde allí podrá tomar el primer vuelo regular con destino a Ginebra. Razones de seguridad.

Richard asintió, despidiéndose de su jefe. Se dirigió directamente a

su apartamento, desde donde llamó al motel Laguardia cercano al aeropuerto de Nueva York.

Habló con Lara, que le informó.

—Tu novia dijo que tenía quehacer en la redacción. ¿Qué has averiguado, Richard? ¿Algo importante?. ¿Sabes algo de... Terence?

—Mi misión sigue en pie. Salgo directamente desde Washington. Te llamaré cuando llegue a mi destino. Escucha, hablaré con Pamela para que cuide de ti. Te sentirás menos sola.

—No pienso seguir aquí. No me gusta esto. Además, no soy mujer a quien le guste estar pendiente del teléfono. No podría soportarlo.

—¿Qué harás entonces?

—No lo sé... Tú ya sabes lo que yo quisiera hacer.

—No, Lara. A Ginebra no. No puedes ir. Créeme. Es un asunto que quema. No puedo ser más explícito. Quédate, por favor, sólo unos días. Yo te llamaré. Aquí estarás protegida.

—Sí, lo sé... El motel está constantemente vigilado. Me siento como prisionera.

—Es por tu seguridad.

—Lo sé.

—¿Te quedarás entonces?

—Está bien, Richard —aseguró ella tras una larga vacilación.

Richard colgó y llamó al aeropuerto.

—Con equipajes —pidió.

Reclamó su maleta que la azafata había hecho trasladar al avión de Washington, y le informaron que había sido depositada en la consigna.

—Quizá tarde algunos días en mandar a por ella.

Le dijeron que no se preocupara y apenas Richard colgó llamaron a su puerta.

Su visitante era perfectamente conocido del agente. Se llamaba Eddie Baccaro, el inválido que desde su silla de ruedas daba órdenes a la mitad de los financieros de todo el mundo. Empujaba la silla su fiel Stennossi, especie de hombre de confianza con diversos menesteres: chófer, ayuda de cámara, secretario particular de Baccaro...

Siempre impávido, Stennossi permaneció estirado en espera de que fuera invitado su jefe a entrar.

—¡Señor Baccaro! —exclamó el agente—: Es una sorpresa.

—¿Me va a tener en la puerta, Richard?

—Por supuesto que no. No dispongo de mucho tiempo, pero pase. Aquí Stennossi entró en funciones para empujar el carro de su jefe. Richard cerró la puerta en cuanto su visitante hubo traspuesto el umbral.

—Supongo que le interesará saber —dijo el recién llegado sin preámbulo— que yo fui una de las últimas personas que hablé con Terence antes de su muerte.

—Sabía que estaba usted en Suiza. Terence me habló de ello. ¿Qué es lo que sabe usted?

—Poca cosa, desde luego, pero tengo algo que su amigo me entregó antes de morir.

Richard clavó los ojos en aquel hombre de mediana edad, alto —se notaba a pesar de su posición en la silla de inválido—, robusto y de voz grave y mirada incisiva.

—¿De qué se trata?

La cabeza de Baccaro hizo un movimiento, su fiel servidor extrajo un sobre de su bolsillo y esperó nuevas órdenes.

—¡Vamos, dáselo! —ordenó Baccaro a Stennossi, que alargó la mano hacia Richard para entregarle el sobre.

Stennossi parecía desconfiado en extremo y miraba a las personas como si todos fueran enemigos a los que hubiera que eliminar. A veces aquella mirada se hacía extensiva a su propio jefe.

Richard rasgó el sobre y extrajo un amplio negativo que se apresuró a mirar a contraluz. Estaba lleno de signos, de puntitos y marcas indescifrables a simple vista.

—Está en clave. No le negaré que traté de descubrir su significado, pero temo que van a necesitar un criptólogo para traducir esto —murmuró Baccaro.

—Parece un jeroglífico —asintió Richard.

—Sea lo que sea, parece que estaba relacionado con su trabajo. El confió en mí. Temía lo que iba a ocurrirle y desgraciadamente se confirmó.

—¿Presenció usted el accidente?

—No, Richard. Yo estaba en mi villa. Oí la explosión, eso sí... y tuve un presentimiento, que luego resultó verdad. No he hecho más que cumplir los deseos de Terence.

—Sé cuánto le apreciaba él, señor Baccaro.

—Nuestro aprecio era recíproco. Yo le presenté a quienes le colocaron en el departamento. Ahora lo lamento. De veras, Richard. Llegué a tomarle tanto afecto que le quería como si fuese mi propio hijo.

—Señor Baccaro, confianza, por confianza... ¿Le habló él alguna vez de su misión en Suiza?

El inválido agrandó los ojos. Sus ojos taladraron los de Richard como si pretendiera dominarle por medio del hipnotismo.

—¿Qué trata de insinuar, Richard?

—Nada, señor Baccaro. Pero a veces, una indiscreción...

—Terence era consciente de su deber. Yo no ignoraba que estaba detrás de algo, pero jamás se me hubiese ocurrido preguntarle... Sin embargo, él confiaba en mí más que en otra persona. Y la prueba es ésa. Descifren eso y... sabrán la verdad.

—Perdone, señor Baccaro. No he pretendido molestarle, pero a veces cuando se hace una confidencia al mejor amigo, puede ocurrir que las paredes entre las que se habla tengan oídos —y Richard miró como casualmente al servidor del inválido.

—Ni mis colaboradores ni las paredes entre las que me cobijo tienen oídos indiscretos. Pero le entiendo. No. No es ése el camino, Richard. Yo sigo ignorante de la misión. Ya le he dicho que traté de descifrar esto y no lo conseguí, pero aunque lo hubiese logrado, mis labios permanecerían sellados. Sé que cuanto hace el departamento es en el supremo interés de Estados Unidos, y jamás revelaría algo que pudiera poner en peligro la seguridad de mi país. O comprometer el éxito de una misión.

—Lo sé, señor Baccaro. Gracias por lo que ha hecho.

—Fue la última voluntad de Terence. «Si algo me ocurre —dijo— haga que esto llegue a manos de Richard Manny». —Y cambiando su tono grave por el del visitante que se despide añadió—: Y ahora si me lo permite, debo irme. Aprovecharé el viaje para realizar algunas gestiones pendientes.

Richard abrió la puerta y Stennossi empujó el carro en dirección al ascensor automático.

Poco después y a través de la ventana de su apartamento, Richard vio cómo Stennossi ayudaba a Baccaro a incorporarse de la silla, cuya parte trasera estaba especialmente diseñada para el inválido.

La silla, convenientemente plegada, fue depositada en el amplio

portaequipajes.

El automóvil arrancó conducido por el enigmático Stennossi.

Richard terminó de preparar su equipaje y con la maleta salió a la calle y pidió un taxi. Llevaba en el bolsillo la carta con el negativo que le había entregado el inválido.

Otro coche, un taxi también en la esquina opuesta comenzó a seguirle.

* * *

El jefe estaba ocupado en aquel momento y Richard tuvo que esperar en la antesala hasta que estuvo libre.

Archibald ordenó que pasara y Richard le mostró el sobre, explicándole cómo lo había recibido.

Tras examinarlo, Archibald Ramsgatte llamó por un intercomunicador para que alguien pasara a recoger el negativo. Lo entregó al individuo que entró con una orden tajante.

—Que descifren esto cuanto antes —y cuando el hombre que recogió el negativo se hubo ido, añadió—: Usted, Manny, vaya al aeropuerto, ya sabe dónde. De cualquier modo, quiero que vaya a Suiza.

—Señor, quiero hacerle notar que es muy significativo que Terence Bronson no confiara en nadie para entregar esto.

—¿Piensa que Du Mourier pueda ser un traidor también? —inquirió Archibald.

—¿Y usted, señor, que piensa?

—Que debe usted arriesgarse a averiguarlo, Manny. Eso es todo.

Abajo en la calle, el taxi que había seguido a Richard seguía aguardando cerca del edificio.

* * *

Richard iba a meterse en el taxi que mandó que esperara, pero ya había advertido el otro vehículo en la esquina. Le llamó la atención. Recordó haberlo visto antes, o quizá fue su intuición.

—Espere —dijo al chófer.

Anduvo hasta el vehículo que permanecía aparcado y al llegar junto

a él vio que el coche estaba alquilado. El taxímetro funcionaba, pero no había ningún pasajero dentro.

Miró hacia atrás. Había una tienda de flores, una cafetería y la librería Warren, lo demás eran edificios sin tiendas. Richard se metió en la cafetería y tomó asiento en uno de los taburetes del mostrador, echando una rápida mirada alrededor.

Era cerca de mediodía y había algunos clientes que anticipaban el refrigerio en las mesas, tras haberse servido del automático.

Sentado cerca de la cristalera desde la que podía ver la calle aguardó, con la intuición de que alguien desde algún lugar le estaba observando.

De repente alguien colocó algo delante de sus ojos. Era una fotografía muy ampliada.

Quien se la mostraba estaba detrás suyo, pero Richard no tuvo que volverse para saber quién era.

La foto era una de las escenas captadas con teleobjetivo de la lucha entre Richard y el falso Landfield al borde de la cantera.

Se volvió y la sonriente Pamela le mostró un montón de copias.

—Toma... He pasado toda la noche trabajando en ello. Mi jefe me pagará una fortuna, pero seguramente necesita tu visto bueno. ¿No?

—¿Es que nunca duermes? —sonrió él.

Tomó las fotos y comenzó a mirar. Pamela replicó:

—Con mis días libres hago lo que me apetece.

Richard puso atención en una de las copias. Era el momento en que él derribara a Lara Bronson para evitar que el coche de Landfield les atropellara a ambos.

En otra copia podía verse a los dos —él y Lara— vueltos hacia la cámara cuando se levantaban después de la escena anterior.

—No está nada mal la viudita, ¿eh? Y hay que ver cómo te aprovechas...

—¡Poomy, por Dios! En momentos como éstos puedes pensar que yo...

—No, no. Si era un decir...

Richard pasó otra foto donde se veía el auto de Landfield partir hacia la autopista en su desesperada salida de la zona del motel.

—Por supuesto, nada de entregar esto a la publicidad, Poomy.

—Me lo temía. Cuando tengo un buen reportaje...

—No tienes nada.

—¿Que no? ¡Figúrate! «Las tribulaciones de un agente de la CIA». «Agente de la CIA en acción». O acaso...

—Deja descansar tu fantasía, Poomy. Me quedo con las fotos... Y guarda bien esos negativos. No quiero que nadie los vea. No sé si pueden servir de algo, pero nunca se sabe.

—A la orden, jefe. ¿Dónde vamos?

—Tú donde quieras. Yo tengo trabajo... Y deja ya de seguirme. Supongo que has venido en ese taxi, ¿no?

—Y me va a costar una fortuna. Llevo con él desde que llegué. Pero cuando iba a meterme en tu casa vi a Baccaro, y pensé que no era momento para estorbar. Yo sé cuál es mi sitio.

—¡Un momento! ¿Conoces a Baccaro?

—Todo el mundo conoce al Super Rey. Me gustaría saber cuál fue el origen de su fortuna.

—Olvida esto —se levantó y salió fuera, dirigiéndose al taxi de la muchacha.

—¡Eh, dónde vas!

Richard pagó lo que subía el taxímetro. Era bastante y dio una buena propina al chófer.

—¡Eh! —dijo ella, saliendo.

—Lo siento, querida. Ahora no puedo perder ni un segundo...

—Iré contigo.

—Ni hablar de eso.

—Es que tengo algo que decirte...

Pero él había acelerado el paso para dirigirse a su taxi.

—¡Richard! Te aseguro que puede interesarte...

—Ya nos veremos —y el agente subió rápidamente, ordenando—: ¡Al aeropuerto! ¡Rápido!

Pamela corría hacia ellos, pero Richard frenético insistió:

—Por lo que más quiera... Que no nos alcance...

—¡Je! Le comprendo, señor. Si a mí me fuese tan fácil huir de mi mujer... —Y el hombre pisó a fondo.

Ella quedó en la acera, buscando otro coche, pero aquél no era el lugar más adecuado. No había ningún taxi cerca. Dio una patada al suelo y murmuró:

—Pero, Richard... Te has perdido otra foto que la guardaba, para el final.

Y de su bolso sacó otra copia. Era a la salida del aeropuerto, en uno

de los momentos en que ella estaba aguardando a Richard después de seguirle.

Era un enfoque cercano del hombre que murió estrellado contra la farola —el cómplice de Landfield—, pero aquello no era lo más sobresaliente del retrato sino lo que se veía en segundo término, y en segundo término había alguien: Baccaro, en pie, en un rincón y sin su silla de ruedas.

CAPÍTULO VII

Richard estaba ya en el avión especial. Un reactor biplaza ocupado únicamente por el piloto, como único compañero del agente.

—Rumbo a España, amigo —dijo el piloto, y el avión empezó a rodar por la pista privada.

Luego se elevó sin novedad siguiendo la rata prevista.

Sí. Richard se había perdido algo muy importante al no haber hecho caso a Pamela, pero llevaba demasiada prisa y temía que la muchacha únicamente tratara de retenerle.

Bueno. No es que Richard no deseara estar con ella, y ya no sólo para cumplir una promesa pendiente. Lo deseaba por sí mismo. Había descubierto que, como ya dijo a Lara Bronson, ella. —Poomy — era la única capaz de hacerle renunciar a su soltería para convertirse en la madre de sus hijos. Pero ante todo, Richard necesitaba sosiego para entregarse al amor, y ese sosiego no lo conseguiría hasta no descubrir la verdad sobre Terence Bronson. Saber si vivía o no. Quedar convencido de que su mejor amigo no era un traidor.

Esos pensamientos le atormentaban y eran los que más prisa le daban para llegar cuanto antes a su destino, a fin de ponerse a trabajar lo más rápidamente posible.

Llegaría hasta él final. Llegaría sí le dejaban...

* * *

Un nutrido comando de hombres de la CIA había rodeado el caserón a orillas del Potomac, cerca del barrio negro de la capital federal.

No. No encontraron nada ni a nadie. Si alguien ocupó alguna vez aquella vieja mansión destinada al derribo, no había dejado el menor rastro.

Los expertos recogieron huellas, pero ninguna prueba más concreta. Loockwood, el ayudante traidor, tampoco había sido encontrado. Sin embargo, nervioso y asustado, Loockwood se hallaba en una casa de las afueras, también cercana al río, con una gran alfombra

de césped, piscina y todo el lujo propio de quien tiene una posición sólida en la vida.

Loockwood, a orillas del río, observaba el vuelo del reactor, tal vez ignorando que dentro del biplaza viajaba el hombre al que pretendió engañar.

Una sombra se aproximó a él. Intuitivamente, Loockwood se volvió. —¡Ala! ¿Es usted, jefe? Debemos hacer algo... Nos están buscando. Aquí corremos peligro.

La grave voz del «jefe» repuso:

—Sólo te buscan a ti.

Landfield no conocía mi verdadero nombre. Además...

—Si han hecho hablar a Landfield... nunca hablé con él personalmente. ¿Lo hiciste tú acaso, Loockwood?

—¡Oh, no...! Usted sabe que no...

—Bien. No puedo correr riesgos —repuso la voz del jefe, aquel hombre alto, recio, de voz ronca y caminar pausado.

—¡No! —gritó Loockwood, aterrado.

Sobre el césped, la sombra silueteó el artefacto que repentinamente había aparecido en la mano del jefe. Era un revólver provisto de un ancho cañón.

—¡No! —volvió a gritar Loockwood, intentando retroceder.

El arma vomitó fuego sin producir el menor ruido. El ayudante de Archibald Ramsgatte cayó hacia atrás, fulminado.

El jefe se aproximó a él y lo auscultó unos instantes.

—Sí. Ha hecho efecto. Muerte instantánea sin que se derrame sangre. Eso evita dejar huellas, pero hay que echarlo al río, lejos de aquí...

* * *

El reactor biplaza tomó tierra en una base española. El piloto se despidió de Richard que ya tenía un helicóptero a su disposición.

Eran las dos de la madrugada, hora española. —A las siete tiene un vuelo regular desde Barcelona— le dijeron.

En total iban a sobrarle un par de horas para poder dormir, aparte del tiempo que tardara el helicóptero. Iba a necesitar de aquel descanso para llegar a Ginebra despejado y con los reflejos bien despiertos.

* * *

A las nueve de la noche, hora de Washington, había sido hallado el cadáver de Loockwood arrastrado por la corriente del Potomac.

La noticia llegó por vía telefónica hasta Archibald Ramsgatte, que ordenó a través del hilo telefónico:

—Que lleven el cadáver al hospital —y cuando colgó, repartió órdenes por teléfono para que le fuera practicada la autopsia para determinar cuándo se produjo la muerte y cómo.

* * *

A las dos treinta de la madrugada, hora suiza, alguien recibía una llamada telefónica urgente procedente de Washington.

Una voz informó al hombre de Ginebra:

—Nuestro amigo viene desde Barcelona. Seguramente llegará por la mañana. Salúdele en nuestro nombre.

—Así lo haré, descuide —dijo el individuo soñoliento que había contestado la llamada.

* * *

A las cuatro de la madrugada, hora de Washington, los técnicos en descifrar mensajes seguían trabajando en la especie de jeroglífico que Terence Bronson había hecho llegar a Richard por mediación de Baccaro.

Uno de los tres hombres que estaban trabajando en ello pareció darse por vencido.

—Nada... Esto no tiene sentido. Hay símbolos de diversos tipos. ¿Por qué se complicaría tanto la vida el que envió esto?

Un veterano profesor lanzó un suspiro.

—Está usted cansado, Joe, échese un poco.

—El viejo dijo que era urgente...

—Sí, pero no podemos inventarnos la traducción de este galimatías.

—Me echaré una hora, llámenme. Ahora ya no sería capaz de conseguir nada bueno —admitió el llamado Joe.

En aquel momento se produjo una llamada de Archibald Ramsgatte

interesado por el resultado de la traducción.

—Es difícil —repuso el veterano profesor—. Esto no tiene sentido. Pero seguiremos trabajando.

—Háganla. Les mandaré un relevo. Pero no quiero que se pierda ni un segundo. ¿De acuerdo?

Sí. El mensaje podía ser importante, aunque cuando el veterano profesor colgó, murmuró como si hablara consigo mismo:

—No sé, pero tengo la impresión de que... —Volvió a examinar con atención uno de los rasgos ampliados sacados del negativo.

El que había quedado con el profesor preguntó:

—¿Qué iba a decir?

—Nada, nada... Sigamos trabajando... Por si acaso.

—Profesor, por un momento pensé que estábamos de acuerdo —dijo el otro.

—¿De acuerdo en qué?

—De que todo es más sencillo de lo que parece. Lo tenemos en nuestras narices, pero seguimos empeñados en buscar tinta invisible.

—Quizá... Veamos lo que se ha traducido hasta este momento.

El otro tomó el papel donde había anotadas unas frases sueltas.

«Desconocido... Leman... Personaje. Diez, treinta, cuarenta, ocho. Ginebra».

—Esto es todo.

Sobre aquello se habían hecho algunas deducciones. El personaje podía llegar el día ocho o el día treinta o el día diez. Cuarenta sólo podían significar los minutos; las otras cifras, tanto el diez como el ocho si correspondían a algo se referían a horas, pero también a días o minutos. Ginebra, Leman, Desconocido, Personaje eran palabras absurdas, o que al menos Terence hubiese podido evitarlas puesto que si estaba en Suiza no era necesario repetirlo, ni mencionar la palabra personaje.

Por otra parte los demás signos sólo se traducían como sílabas que no llegaban a completar ningún nombre.

El profesor y su ayudante cambiaron una mirada. Sí. Los dos seguían pensando lo mismo...

El avión comercial en su vuelo normal Barcelona-Ginebra despegó a su hora.

Tras un par de horas de vuelo, Richard se encontró en el aeropuerto de Cointrin en Ginebra.

Tomó un taxi para hacerse llevar al hotel Continental, en el Quai Gustave Aoor.

La carrera tuvo lugar recorriendo la amplia avenida de Louis Casal y seguir por la Rute de Meyrin y la Rué de Servette, hasta llegar al centro de la cosmopolita ciudad helvética.

El Continental, un buen hotel, era un edificio de ocho plantas levantado a los cuatro vientos y con una vista excelente del lago y cerca del faro, aun dentro del puerto y en el barrio de Eaux-Vives y próximo al parque de su nombre.

Richard miraba constantemente hacia atrás para asegurarse de si alguien le seguía o no. No pudo ver a nadie, pero tampoco tuvo ocasión de comprobar que su llegada fue observada por alguien en el aeropuerto. Alguien que se apresuró a llamar al mismo individuo que de madrugada había recibido la llamada desde Washington.

Y ese mismo hombre, vestido con una chaqueta de cuero y gorra con visera, con una cámara colgando del hombro, estaba frente a uno de los embarcaderos que había ante el hotel, en el momento en que Richard bajó del taxi, echó un vistazo alrededor y se metió en el establecimiento.

—Necesito una habitación... En el tercer piso si puede ser. Ya estuve otra vez en este hotel, guardo muy buen recuerdo...

—¿Su nombre?

—No, no tengo reserva, pero estoy seguro que encontrará algo para mí.

El encargado pudo complacer a Richard, pero la habitación estaba en la planta quinta. El número de la llave correspondía al cuarto 523.

Un botones llevó la maleta de Richard y con el ascensor llegaron a la quinta planta.

El hombre de la chaqueta de cuero se echó la máquina fotográfica al rostro como si tratara de captar alguna instantánea del lago y el paisaje de su entorno.

En realidad lo que hizo fue apretar un botón para poner en contacto la diminuta emisora de la cámara, que no era tal, sino un

transmisoreceptor.

—Ha llegado —dijo el individuo—. Luego se volvió hacia el edificio distraídamente y miró unos instantes.

Richard había dado ya la propina al botones y se dirigió hacia la pequeña terraza, que abrió y se asomó un momento.

El individuo de la falsa cámara fotográfica, añadió:

—Creo que ya sé dónde está. Os espero aquí mismo. No tardéis. — Cortó la comunicación y entró al hotel por la puerta del bar. Pidió una cerveza y dejó su importe sobre el mostrador.

Richard abrió la maleta, sacó un par de camisas de equipaje, un traje que colgó en el armario y luego dedicó a observar la habitación buscando posibles micrófonos ocultos.

Se lavó, cambiósse de camisa, eligió un jersey de gruesa lana y después de dar una última ojeada a la habitación, salió del cuarto. Guardó la llave en el bolillo y se dirigió hacia la escalera.

En aquellos instantes dos hombres cruzaron frente al bar del hotel. El individuo de la chaqueta de cuero la falsa cámara les vio perfectamente y se alejó del bar camino a los excusados. Lo que hizo, sin embargo, fue cruzar la puerta que se dirigía a las dependencias de servicio.

Los dos hombres ya se las habían arreglado para entrar. El de la chaqueta de cuero se reunió con ellos y los tres subieron rápidamente la escalera interior.

Richard en aquellos instantes estaba ya en la tercera planta y buscaba la habitación 327, la que ocupaba Du Mourier.

CAPÍTULO VIII

Du Mourier era un hombre de estatura mediana, sin que su nacionalidad pudiera definirse mirándole el rostro. De aspecto campechano, con un fino bigotito tan rubio como su cabello, ofreció un *whisky* a Richard.

—Sí. Le esperaba —dijo—. Pero temo que podré decirle muy poco del asunto.

—¿Cuándo vio a Terence por última vez?

—El día anterior a su muerte. Coincidimos en un restaurante.

—¿Tenía algo que comunicarle?

—No sé. Se había vuelto muy reservado últimamente, pero yo diría que sí... Que había descubierto algo.

—Bien... ¿Y qué supone que podía haber descubierto?

—No me lo dijo —sonrió Du Mourier tranquilamente, tras apurar un sorbo de su *whisky*—. Richard no había tomado nada aún, por lo que el enlace bromeó. —¿Le parece pronto para beber?

Richard tomó un sorbo y añadió:

—¿Cree que Terence no confiaba lo suficiente en usted?

—¿Qué tonterías está diciendo? Yo soy el único aquí a través de quien ustedes pueden comunicarse. Nadie conoce mi misión. Soy un turista perpetuo, por eso me eligieron; si nuestros enemigos me conocieran, mi trabajo habría terminado. He sabido ser cauto siempre y por eso me mantengo... Me mantengo aquí y vivo. No confiar en mí sería absurdo... ¿Es que le han dicho algo en esté sentido?

—Olvide lo hablado, Du Mourier; en este asunto hay algo extraño. Intentaron impedir que llegara. Sabotearon un avión.

—No me diga que ese avión siniestrado del que hablan los periódicos y la televisión era el suyo...

—Iba en él.

—Pero si Archie me dijo que no llegaría usted hasta... hasta hoy justamente.

—Me hicieron tomar deliberadamente aquel aparato que estalló.

—Comprendo... Hay infiltraciones.

—Eso temo. Y pienso que el personaje al que hay que proteger debe ser muy importante.

—¿No le ha dicho nada el «viejo»?

—Me dijo que usted me informaría.

—Bien... Se trata de un monarca de uno de esos Estados africanos surgidos tras la independencia. Un reyezuelo que ignora el valor de los millones que existen bajo el suelo que pisa.

—¿Petróleo?

—Exacto. ¿Qué podría ser si no? A él le interesa negociar con quien más le ofrezca por el precioso líquido. Un enviado de Estados Unidos espera reunirse con él cuando dicho monarca decida venir a... digamos pasar unas cortas vacaciones, que en realidad no tendrán más objeto que esa negociación.

—Pero... ¿por qué ese interés en liquidarle?

—Sencillo. Ese rey tiene sus enemigos y detractores.

Gentes que piensan que la verdadera independencia empieza por unas elecciones democráticas. En una palabra, está seguro en el trono, y quienes piensan ocuparlo, posiblemente no negociarán con Estados Unidos, sino lo harían con otras potencias, y su Gobierno se quedaría con un palmo de narices.

—Mi Gobierno... ¿No es también el suyo, Du Mourier?

—Yo soy un ciudadano del mundo. Digamos que simpatizo con ustedes...

—Pero si alguien le pagara mejor...

—Ya empezamos otra vez, Manny. Si no vamos a tenernos confianza es mejor que no sigamos hablando —y se puso en pie, dejando su vaso sobre la mesa para comenzar a andar hacia la puerta. En estos momentos el gesto del enlace era del todo británico.

—Un momento. —Richard se puso en pie—. Cállese. Sigamos hablando.

—Usted no se cansa de lanzar tiros al azar. Bien, de todos modos, ya no hay mucho más que decir.

Richard recapacitó.

—De modo que los agentes del país o países a los que beneficiaría un tratado con los enemigos del rey piensan eliminarle.

—Así es. De este modo hacen un favor a los «demócratas» y se aseguran que una vez éstos en el poder, les hagan las concesiones

petrolíferas a ellos —concluyó Mourier.

—Ya.

—La misión de Terence era lograr infiltrarse en esa banda de agentes enemigos.

—¿Sabe si lo consiguió?

—Es de suponer que sí.

—Y piensa que le descubrieron y le eliminaron.

—Pudiera ser.

—O que se fingiera muerto para que nos olvidáramos de él —murmuró Richard, observando subrepticamente a su interlocutor para captar la reacción q le producían tales palabras.

—También... pudiera ser —admitió el otro, sin inmutarse.

—En cualquier caso —siguió Richard Manny—. Terence podía saber la fecha exacta de la llegada de este personaje.

—También entra en lo posible.

—¡Mmmm! Que sería muy pronto. Quizá hoy mismo... o tal vez mañana.

—Misterio. Ahora es usted quien tendrá que averiguarlo.

Richard se encaminó hacia la puerta. Se volvió de pronto y soltó:

—Espero una llamada de Washington. La harán través de usted seguramente —y Richard pensaba que Archibald le llamaría tan pronto como hubiese traducido el mensaje. Ésa era la llamada que esperaba.

—¿Dónde estará usted?

—De momento, averiguando dónde tomó Terence lancha que estalló en el lago y quién se la alquiló.

—Eso es fácil. Pregunte por Serge. Era muy amigo de Terence. Lo encontrará en el tercer embarcadero. Al otro lado del lago, después de cruzar el puente. ¿Necesita saber algo más?

—De momento, no, Du Mourier. ¡Ah! Y gracias por su *whisky*. Los he tomado peores.

No había la menor cordialidad en su tono, pero Du Mourier se limitó a sonreír.

Richard salió al corredor, y después de comprobar que no había nadie observándole, se dirigió hacia la escalera.

Ignoraba lo que allí le estaba aguardando.

Richard llegó ante la puerta de su habitación e introdujo la llave en la cerradura. No había nadie en el corredor.

Donde había era dentro de su propia habitación. Pegado a la pared, en un recodo de la irregular estancia, estaba uno de los compinches del tipo de la chaqueta de cuero. Tenía un revólver en la mano y, tras haber oído la llave girar en la cerradura, levantó el arma, manteniéndola dispuesta a disparar.

Al otro lado, cerca de la cama que quedaba oculta por el entrepaño, estaba el otro hombre.

El único que no permanecía visible era el de la chaqueta de cuero, que aguardaba en el baño con la puerta entornada.

Richard giró la empuñadura de la puerta y pasó al interior. Nada le hizo presentir que no estaba solo. Empujó la puerta para que se cerrara de golpe, y apenas anduvo el segundo paso, se vio amenazado por el individuo del revólver.

—¡Quieto! —le dijo la voz del segundo a su espalda dándole a entender que estaba rodeado.

El primero en amenazarle se puso detrás de él par impedirle la retirada. Al mismo tiempo, le ordenó que levantara los brazos.

—Bien altos. ¡Hacia esa pared! ¡De prisa!

Richard conocía el sistema. Apoyó las manos en la pared y separó las piernas.

El que había surgido a su espalda le cacheó concienzudamente, arrebatándole el arma que llevaba en la sobaquera y un cuchillo de varios usos que ocultaba una navaja de muelle.

—Vas bien armado, ¿eh? Creí que los de la CIA no usabais armas de esa clase. —Descorrió la navaja, pulsando un botón, y se aproximó con ella a Richard, elevando la hoja hasta el cuello del agente.

Richard guardó silencio. Maldecía haberse dejada atrapar tan estúpidamente.

—Si piensas usarla, no te lo aconsejo —murmuró—. No es ruidosa, pero mancharías todo esto de sangre. Vosotros preferís los asesinatos que parezcan accidentes... ¿O me equivoco?

—Cierra el pico. No te servirá de nada derrochar palabras inútiles.

—Esta posición es muy incómoda. Si pensáis llevarme a algún sitio, podemos ir ahora. Hay poco tránsito. La gente está comiendo. ¿Puedo bajar las manos?

—Está bien, pero sin hacer tonterías —dijo el que llevaba la voz

cantante.

Richard se volvió pausadamente y se llevó una mano al bolsillo.

—¡No! —gritó el que tenía delante. Richard sacó la mano con un paquete de cigarrillos emboquillados—. Sólo pretendía encender un pitillo. Los dos tipos se miraron.

—No hay ningún micrófono oculto, ni ningún arma secreta en el paquete, os lo aseguro —sonrió.

Indudablemente, aquel par de sujetos le parecían demasiado novatos para ser agentes. Dedujo que trabajarían para alguien con más categoría. Sus palabras respecto al paquete de tabaco hicieron su efecto, porque uno de los que le mantenía encañonado receló y exigió:

—¡Dámelo!

—Como quieras, pero ten cuidado... —sonrió Richard—. El cigarrillo armado con la carga mortal está mezclado y tú no sabes cuál es...

El que tenía el paquete receló de nuevo. No estaba seguro de si Richard le gastaba una broma o es que había realmente un cigarrillo trucado. Por otra parte, para coger el paquete había tenido que desviar el arma. Richard sólo tenía a uno que le encañonaba, y aprovechó aquella fracción de segundo vacilación para actuar.

Le habían enseñado a no desperdiciar una oportunidad por pequeña que fuera. El propio Terence se lo había repetido en alguna ocasión: «Piensa que a lo mejor no volverás a tener otra. Arriégate si tienes un mínimo de posibilidades. Nuestra profesión es riesgo, no lo olvides».

Richard había ya ideado la llave idónea para librarse de ambos.

Primero tenía que interponer al de los cigarrillos entre él y el que tenía el revólver, y lo hizo con maestría.

Un movimiento rápido.

Consiguió empujar al del paquete contra el otro.

—¡Cuidado! —gritó tardíamente el del revólver.

Los dos hombres se enredaron, pero Richard, certeramente, doblaba el brazo de uno de sus enemigos, obligándole a soltar un grito y el arma.

El otro buscaba el momento de disparar, pero se encontró con la punta del zapato del agente, que además de lastimarle la mano,

hacía volar su revólver.

Cuando el primero que derribó se lanzó hacia el arma, Richard, de otro puntapié, la metió bajo la cama y corrió hacia su segundo enemigo para alcanzarlo cuando se agachaba para recuperar el revólver.

El otro se revolvió, pretendiendo alcanzar de revés a Richard en el abdomen, pero el de la CIA esquivó soltándole un demoledor gancho que le mandó contra la puerta de la terraza.

La contundencia de su golpe, poderoso y fuerte, dejó atontado a su rival en el momento en que el otro había conseguido hacerse con el revólver.

Entonces apareció el de la chaqueta de cuero por la puerta del lavabo. Iba provisto de un revólver silenciador.

—¡No, Dax! —dijo al que ya tenía el arma—. El tuyo hace demasiado ruido. Si el amigo nos obliga, utilizaremos éste...

Esta vez Richard estaba atrapado, y además tenía la impresión de que se hallaba ante un auténtico profesional. El de la chaqueta de cuero no tenía cara de novato ni mucho menos.

—Supongo que he perdido. ¿No es así? —comentó Richard, arreglándose la ropa.

—Siempre no se puede vencer. Son gajes del oficio, y usted conoce bien el suyo, ¿no? Es Manny. Había oído hablar de usted... Pega fuerte —y miró al que había derribado, que ahora se levantaba, pasándose las manos por el mentón.

—¿Qué piensan hacer conmigo? —preguntó Richard.

El de la chaqueta de cuero se encogió de hombros, luego puso el pulgar hacia abajo, con un gesto harto significativo.

—No es nada personal contra usted, Manny —añadió—. Ya lo sabes. Todos cumplimos órdenes de un modo u otro.

—¿Por qué no utilizan el método que emplearon con mi compañero?

—Hay cosas que no se pueden improvisar.

—¿Cómo se llama usted?

—Me llaman Silas. No soy muy conocido. Sólo actúo *in extremis*...

—Dígame, Silas, puesto que ya no tengo ninguna posibilidad..., según parece... Dígame, ¿está muerto Terence Bronson?

—¿Qué le hace suponer que no?

—Le hago una pregunta.

—¿Usted qué prefiere que le conteste?

—La verdad.

—¿Moriría tranquilo sabiéndolo?

—Es mi última voluntad.

—Está muerto. No era un traidor como ustedes suponían. Simplemente, sabía demasiado. Y ahora, en marcha. Vaya delante. Nosotros iremos detrás. Cuando llegue a la calle encontrará un coche gris en la esquina. Suba tranquilamente al volante. No. No están las llaves. No podrá arrancar hasta que subamos nosotros. Si intenta alguna tontería, dispararé a su espalda. Le advierto que soy infalible. El número uno de mi promoción. Tiraré al corazón. El disparo no hará el meno ruido. Caerá usted sin que nadie sepa por qué. Cuando lo averigüen, ya será tarde; usted habrá muerto de todos modos.

—Sí, sí, comprendo... Pero creo que hay algo que puede ser más fácil. Para todos...

Caminó hacia la puerta de la terraza y la abrió par en par.

—¿Qué intenta? —inquirió Silas.

—¿Qué le parece si me echo por el balcón? Un suicidio.

Silas hizo un gesto a los demás para que no le pe dieran de vista. Avanzó y murmuró:

—Adelante.

El de la CIA se apoyó en la barandilla metálica. Eran cinco plantas las que le separaban de la calle. La habitación estaba en la esquina, junto al luminoso rectangular que anunciaba el nombre del hotel. La calle estaba desierta. Era ya mediodía.

—No piensa hacerlo realmente...

—¿Me disparará por la espalda si lo intento? —sonrió Richard.

—Está tramando algo, pero no le servirá.

—Tal vez esté pensando que una caída con suerte. De momento, estoy viendo la policía allí. Me recogerían pronto.

Instintivamente, Silas miró hacia abajo.

Fue suficiente. La segunda oportunidad que Richard aprovechaba. Hizo un rápido movimiento. Agarrándose a la barandilla, dio una acrobática vuelta y se dejó caer al vacío...

CAPÍTULO IX

Silas no disparó hasta comprender el verdadero alcance de lo que Richard Manny se había propuesto al «tirarse».

El de la CIA, calculando bien la distancia, lo que hizo fue lanzarse hacia la barra o soporte de hierro que corría paralela junto al luminoso anuncio del hotel.

Se agarró con fuerza a él y, dándose impulso, se metió en la terraza del piso inmediato inferior.

La rapidez de su acción impidió que Silas pudiera alcanzarle.

Richard cargó contra los cristales de la puerta la terraza en la que se hallaba y rodó por la habitación, que se hallaba vacía.

—¡De prisa! ¡Al piso de abajo! —gritó Silas. Y todos salieron a escape.

Richard estaba ya en el corredor y corría hacia la escalera. Bajó por ella hasta la tercera planta, una más abajo, y alcanzó la puerta 327. Llamó insistentemente y se encontró con un Di Mourier sonriente que parecía le estaba aguardando:

—Vamos, entre...

El enlace cerró rápidamente, cuando los enemigos de Richard forzaban la puerta de la habitación 423, la inmediata inferior a la suya.

—No debió venir..., pero, claro, no tenía opción. Esto me hace suponer que ya no le parezco un agente doble...

—Déjese de tonterías. Tenía que arriesgarme, pero... ¿Usted cómo diablos sabe...?

—No registró usted muy bien su habitación, amigo Manny. He podido enterarme de lo que ocurría.

—¿Y no intervino...?

—¿Qué quería? ¿Que entrara y les matara a todos? ¡Vaya un compromiso para usted! ¡Vamos, Manny! Se ha inscrito como turista... Los que deben saber que no lo es ya lo saben, pero no es necesario que se entere todo el mundo.

—¿Y si me hubiesen liquidado?

Du Mourier se encogió de hombros como queriendo decir: «Amigo,

esto ya no es cosa mía».

Luego, añadió:

—Ellos tampoco quieren arriesgarse. Ginebra no es un terreno propicio para cierta clase de juegos. No estamos en Oriente, pongo por ejemplo. Aquí la policía es severa. No, no le habrían eliminado, a menos que las cosas se pusieran tan mal. En último caso, quedaban sus recursos. El viejo no hubiese enviado a un cualquiera para una misión tan difícil y arriesgada. En serio, Manny; confiaba plenamente en usted. Incluso hubiese apostado... —Y Richard pensó que aquella flema era, sin lugar a dudas, británica cien por cien.

—¿Le parecerá ahora mejor mi *whisky*? —sonrió Du Mourier, sirviendo ya una buena ración.

Richard no tuvo más remedio que sonreír.

* * *

Había transcurrido más de media hora cuando los tres hombres que atacaron a Richard subían al automóvil gris aparcado en la esquina. El mal humor era patente en ellos. Se les había escapado un enemigo de la forma más inverosímil.

Richard observó que Silas era quien tomaba el volante, pero no pudo oír cómo decía:

—Tiene que estar en el hotel. Da una vuelta y quédate ahí, Dax. Saldrá. Sé que saldrá. Infórmame de ello y también adonde se dirige.

Pero Silas se equivocaba, porque Richard «ya no estaba en el hotel». Mientras ellos buscaban y él se tomaba el reconfortante *whisky* que le había ofrecido Du Mourier, el inquilino de la 327, el propio Du Mourier le había dicho a Richard:

—Hay un coche color gris humo, matrícula alemana. Está aparcado al otro lado de la calle. Asómese lo verá. Aquí están las llaves. Supuse que necesitaría un vehículo...

Richard tomó las llaves y, antes de que sus enemigos salieran a la calle, ya estaba al volante del automóvil de matrícula de Fráncfort mirando a través d parabrisas y esperando a los que poco antes habían intentado acompañarle hasta... su última morada, posiblemente también el fondo del lago.

Ahora Richard había dado la vuelta y seguía a prudente distancia al

otro vehículo gris también, que marchaba en dirección al otro lado del lago, pero que detuvo un instante para dejar que Dax se apeara de él para cumplir las instrucciones recibidas.

Richard observó la maniobra y dio la vuelta a su izquierda para meterse por una calle transversal. Se detuvo para ver la dirección que tomaba Dax.

«Vuelve al hotel —pensó para sí—. Bien... Pues que espere». Y se dispuso a seguir el auto de Silas. Era más importante.

Poco después cruzaban el puente, desierto aún. La gente estaba todavía en los restaurantes o en sus casas almorzando. Era domingo. El agente de la CIA continuó conduciendo sin intentar ganar terreno. El auto de Silas, una vez al otro lado del lago, enfiló por la ruta de Lausanne, y su conductor aceleró, obligando a Richard a seguir el ritmo.

Unos kilómetros más adelante, Silas viró a su izquierda, abandonando la carretera que bordeaba el lago a la altura de la Avenue de la Paix, donde estaba el Palacio de las Naciones.

Al otro lado del gran parque, el auto se adentró por una senda entre abetos, que al ensancharse formaba una plazoleta; en el centro aguardaba un helicóptero.

Richard llegó justo en el momento de ver elevarse verticalmente al aparato.

El auto había quedado abandonado a un lado de la explanada junto a la alfombra de césped.

Había perdido una buena oportunidad para llegar a la guarida de aquella gente, pero le quedaba algo importante por hacer: interrogar a Serge, el que había alquilado la lancha mortal a su amigo Terence Bronson.

* * *

—No. Serge no vendrá hasta más tarde, pero si quiere alquilar una lancha, yo le proporcionaré una —dijo el hombre del embarcadero. Richard consultó su reloj. Eran ya la una y treinta minutos de la tarde.

—Me gustaría charlar con Serge —repuso—. Tenemos amigos comunes y tengo un recado para él.

—Bueno. Los domingos los pasa con su familia. Sólo viene para

echar un vistazo a las lanchas —repuso el hombre.
—¿A las seis? —inquirió el agente.
—Pruebe a ver. Yo no puedo decírselo exactamente.
—Bien. Vendré sobre esa hora. Hasta luego, amigo... ¡Ah! Tome —le largó un billete del Banco de Suiza y le guiñó un ojo—. Por la lancha que no le alquilo.
El otro sonrió, miró extrañado el billete y amplió su sonrisa al ver que era de diez francos. Una buena propina por nada.
Richard volvió al hotel y se entrevistó con Du Mourier para saber si había alguna noticia de Washington.
No. Archibald no había llamado todavía.
Bueno. En Washington eran sólo las 8,30 de la mañana.

* * *

Sí. Ocho treinta de la mañana de la capital federal de Estados Unidos.
El veterano profesor encargado de la traducción del negativo que Terence había hecho llegar a la CIA dio por terminado el trabajo.
—Es lo que pensábamos —dijo, simplemente—. Y si me equivoco, que me releven del cargo.
—Sí, señor. Opino lo mismo. Todo está demasiado claro —repuso el otro.
El que había ido a acostarse apareció en aquel instante.
—¿Por qué no me ha llamado nadie? ¿Qué sucede? ¿Es que han dado con la clave?
—¡Seeee! —Gruñó su compañero.
El profesor trataba de establecer contacto con Archibald Ramsgatte, pero el «viejo» no se encontraba en la casa.
En la oficina el personal de guardia tampoco sabía dónde se encontraba.
—Pues búsquenlo. Hemos estado trabajando toda la noche en algo urgente, y puede que lo sea más de lo que él piensa —gruñó el profesor, y colgó el teléfono.

* * *

Eran las cinco y cuarenta y cinco minutos cuando Richard Manny volvió al tercer embarcadero. Desde el coche vio a dos hombres. Uno era el que le había informado antes; el otro, pensó que bien podía ser Serge. Dejó el automóvil cerca y se aproximó.

—¿Serge? —inquirió.

—Es el individuo de quien te hablé —repuso el que anteriormente había recibido la propina de Richard. Serge se volvió.

Era un tipo cincuentón de aspecto afable, pero Richard juzgó que su expresión era la del hombre asustado.

—¿Qué hay, amigo? —sonrió, para infundirle ánimos—. Quisiera hablar con usted unos instantes. Podríamos hacerlo a bordo de una lancha. Me gustaría pasear por el lago.

—¿A esta hora? Pronto va a oscurecer. Ya he cerrado por hoy —repuso Serge.

—Será un paseo corto... Le pagaré bien. ¿Hacen... cien francos?

Serge dudó, pero concluyó negando con la cabeza. Su compañero agrandó los ojos. Por cien francos él ni se haría, rogar en absoluto. Pero Serge no pensaba lo mismo.

—¿Doscientos? —insistió Richard, y los ojos del compañero de Serge se abrieron más aún.

—Bueno... Sus lanchas tendrán un precio. Póngalo usted...

—Es tarde; dije a mi mujer que volvería pronto...

—Trescientos... —Richard empezó a contar el dinero.

Serge dudaba. De pronto miró hacia un lado y negó rotundamente.

—Ni por mil. No insista.

Disimuladamente, Richard se volvió. Cerca del embarcadero se había detenido un coche. Y empezó a atar cabos.

Encendió un pitillo y se acercó a Serge, ofreciéndole otro.

—Oiga... Le espero dentro de media hora en... el bar que hay frente a la estación de Cornavin. Le daré esos mil francos por una charla.

¿De acuerdo?

El hombre asintió nervioso al tiempo que murmuraba:

—Váyase ahora.

—Sí, comprendo... —Y Richard dio la vuelta para dirigirse a su coche, dar un rodeo y meterse en el bar donde había citado a Serge.

Eran las 12,45 hora de Washington[1] cuando el profesor, tras localizar a Archibald Ramsgatte, le facilita el informe.

—¿Está seguro? —inquirió el jefe.

—Es mi última palabra, amigo mío. Lo hemos tenido en las mismísimas narices desde el primer instante.

—Si se equivoca...

—Hágame un expediente si he errado. Asumo la responsabilidad.

—De acuerdo. Voy a llamar ahora mismo.

Y Archibald, el jefe, el «viejo», pidió conferencia con Ginebra, hotel Continental. Du Mourier. De persona a persona.

Pero el teléfono del enlace no respondía a la llamada.

—Lo siento —le contestaron—. Vuelva a llamar más tarde. El señor Du Mourier no está en su habitación. No contesta.

—Está bien, pero si llega antes de que vuelva a llamar, díganle que se comuniqué con su tío Cherokee. Es importante —rezongó el «viejo», y colgó.

* * *

Richard consultó el reloj. Eran las 18,45 hora de Ginebra. Serge ya debería estar allí.

Salió un momento a la calle. El sol había dejado de alumbrar sobre la plaza de la estación internacional. Miró alrededor. Había escaso tránsito y menos gente.

De pronto, subiendo por la rué de Mont-Blanc, vio al hombre. Subía corriendo la suave cuesta que llegaba hasta la plaza.

Vio también el automóvil que se aproximaba hacia él. Presintió lo que iba a ocurrir, pero era tarde para evitarlo.

El auto pasó veloz. Serge cayó al suelo como si hubiese tropezado con algo. Alguien salió de un bar próximo para ver lo que ocurría. No se había producido ninguna explosión. Nada. El auto, sin embargo, aceleró para llegar a la plaza y descender por la rué de Cornavin. El agente corrió hacia el caído Serge, al que se le habían unido otras personas.

Al llegar cerca de donde estaba, alguien exclamó:

—¡Sangre! Tiene una herida...

El de la CIA comprendió perfectamente. Le habían disparado con un revólver provisto de silenciador. Se habían deshecho de alguien que

quizá también sabía demasiado.

Richard comprendió que había llegado demasiado tarde, incluso para perseguir el vehículo de los asesinos.

Regresó al hotel, donde le esperaba una nueva sorpresa.

Fue directamente a la habitación 327. Tenía que hablar con Du Mourier, pero el enlace no contestó a las llamadas del agente.

Richard tomó el pomo de la puerta y al girar vio que la habitación estaba abierta.

Entró.

Du Mourier no estaba, pero el agente notó algo extraño, algo que no podía definir de palabra. Su intuición le llevó a registrar la habitación y así llegó hasta el baño.

Con los ojos abiertos de par en par y sumergido en la bañera llena, desnudo, halló el cuerpo de Du Mourier.

CAPÍTULO X

Cuando el teléfono de la habitación 327 volvió a sonar, Richard estaba ya en la suya. Le fue imposible por lo tanto, conocer las noticias que su jefe necesitaba darle.

Fue entonces cuando uno de los hombres de guardia entró en el despacho del superior.

—Señor... Una persona ha estado intentando verle a usted... Dijo que era muy importante.

—¿Quién es esa persona?

—Dejó esta tarjeta. Dijo que estaría en el hotel que está anotado aquí.

El jefe de Richard leyó el nombre: Pamela Star.

—No sé quién es. No la conozco.

—Dijo que era amiga de Richard Manny y que tenía algo muy importante que comunicarle.

—¿De Manny? ¡Bien, localícela! —exclamó el de la CIA.

En aquellos momentos cualquier pista podía ser útil, sobre todo si la chica tenía algo que decir que pudiera ser realmente importante.

Pero Pamela ya no estaba en el hotel, se había cansado de esperar.

Y Pamela, donde quiera que estuviese, tenía en sus manos aquella fotografía que había querido enseñar a Richard cuando éste se marchó casi huyendo de ella por imperativos de su misión.

Era la foto en la que aparecía Baccaro.

* * *

Baccaro se hallaba en aquellos momentos en su avión particular consultando su reloj.

Stennossi, cerca de él, murmuró:

—Estamos a punto de tomar tierra si no me equivoco. Son las 19,40 hora de Ginebra.

—Bien... ¿Te has preocupado de que tenga el coche a punto?

—Desde luego.

—Perfecto. Espero terminar pronto este asunto. Estoy cansado de ir

de un lado a otro... ¿Hay algo nuevo?

—No. No lo hay. Bueno... Supongo que va habrán encontrado el cadáver de Loockwood.

—Eso ya no nos incumbe, Stennossi. Lo que ahora me preocupa es Richard Manny. Es demasiado listo... Y sigue vivo. Es la segunda vez que el plan para eliminarle falla.

Y Baccaro, el hombre de negocios que podía manejar las finanzas de medio mundo, el hombre de pasado oscuro que para todo el mundo sólo podía moverse con su sillón de ruedas y a duras penas levantarse para entrar en su automóvil, sacó de uno de sus bolsillos aquel revólver de grueso y ancho cañón que había utilizado para eliminar a Loockwood.

Su avión estaba ya tomando tierra en Ginebra.

* * *

Archibald Ramsgatte intentaba inútilmente comunicar con Du Mourier, pero para aquel entonces ya se había descubierto su muerte. El de la CIA, sin dudarlo, pidió que le pusieran con la habitación de Richard.

—Sé lo ocurrido. No quería hablar directamente con usted..., pero es necesario. Debe tener cuidado.

—Lo sé, lo sé...

—Escuche, utilice la clave cuatro. Tengo que darle un mensaje importante.

—Escucho.

Tras tomar nota, el agente colgó y tradujo el mensaje cifrado; palabras sueltas y números que, de acuerdo con el código, tenían fácil traducción.

El mensaje enviado por el jefe podía traducirse así:

«Negativo entregado por Baccaro es completamente falso. Allí no dice nada. Es presumible que pueda tratarse de un ardid para que los agentes enemigos puedan ganar tiempo y mientras nos lo hagan perder a nosotros. Es posible que el “personaje” llegue pronto a ésa. Abra bien los ojos y no confíe en nadie. Suerte».

Richard quemó el mensaje y en sus labios se dibujó un nombre:

—Baccaro.

Luego, una frase nada académica: «Hijo de perra».

* * *

Las nueve de la noche, hora de Ginebra.

Baccaro estaba instalado tras una imponente mesa de despacho en un lujoso apartamento de las afueras.

Con él formaba su estado mayor. Silas venía a ser como el principal de sus guardaespaldas, a excepción del taciturno Stennossi.

Baccaro estaba dando instrucciones a alguien que se mantenía rígido frente a él. Alguien en quien todos tenían la mirada fija.

—Manny ha venido a saber y a nosotros no nos interesa que sepa. Quiero terminar este maldito asunto. Lo dejo en sus manos.

El hombre que estaba frente a Baccaro tardó en contestar. Al fin, murmuró:

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Esta noche tengo una cita importante, señor Baccaro.

—Nada es más importante que lo nuestro, amigo mío.

—El personaje que esperamos no llega hasta mañana.

—¿Por qué esperar hasta el último momento?

—¿Por qué no lo hicieron ustedes antes? No les han faltado ocasiones.

—Manny vive, y mientras viva él o cualquier otro que hubiesen mandado en su lugar, corremos el riesgo de que el asunto salga mal. Los demás han fallado. Te confío a ti esta misión.

—La cumpliré, señor Baccaro.

—¿Dónde?

—Pues... ¿qué le parece allí? —El hombre se aproximó a un mapa mural y señaló concretamente el Mont Blanc.

Añadió:

—Es un lugar muy hermoso. Pienso retirarme allí.

—¿Seguro...?

El hombre se volvió con una sonrisa de triunfo.

—Si me paga lo que me prometió, viviré allí el resto de mis días. Quizá alguna vez haga alguna escapadita por el mundo; me gusta

viajar, pero sin correr riesgos Ya tengo edad para retirarme y vivir la vida, ¿no cree?

Richard Manny hubiese sentido un escalofrío en todo su cuerpo de haber escuchado aquellas palabras que acababa de pronunciar Terence. Terence Bronson, su mejor amigo.

CAPÍTULO XI

El automóvil con matrícula de Fráncfort, conducido por Richard Manny, se detuvo en las proximidades de la villa de Baccaro.

Al agente no le costó mucho dar con el lugar del conocido magnate. Estaba situado entre Ginebra y Lausanne, entre un frondoso parque y a orillas del lago.

Lo que iba a hacer era muy arriesgado, pero se le habían cerrado todas las puertas para proseguir la investigación. La casa de Baccaro podía ser una nueva fuente donde encontrar información.

Para Richard, la información recibida desde Washington de labios de su jefe sólo tenía un significado: si Baccaro entregó el falso mensaje, Baccaro era el principal enemigo.

Cabía la posibilidad de que Terence hubiese entregado realmente aquel mensaje, pero Richard se negaba a aceptar que su mejor amigo pudiera estar en el asunto.

Pero al agente de la CIA le faltaba aún mucho para llegar a descubrir toda la verdad, si es que conseguía dar al fin con ella.

Vio luces en la casa y aquello no acabó de gustarle. Hubiese preferido trabajar a sus anchas. Registrar todo en busca de algo que le diese una pista.

Estaba caminando por el parque cerca ya de la entrada principal cuando a contraluz vio la silueta de unos hombres que salían para meterse seguidamente en un automóvil.

Aguardó. A la distancia que estaba no podía distinguir sus fisonomías, y eso le impidió ver que uno de aquellos individuos era precisamente Terence Bronson. Iba con otros dos que le acompañaban. El automóvil partió raudo, pasando muy cerca de donde Richard se encontraba.

Cuando todo volvió a quedar en completa calma, el de la CIA prosiguió su camino hacia la casa, buscando un lugar por donde entrar.

Por una de las ventanas iluminadas vio a Baccaro que estaba hablando con Silas.

¡Era la prueba definitiva!

Observó otra ventana y vio a un par de hombres con aspecto de guardaespaldas que estaban bebiendo en lo que era el antedespacho de Su jefe.

Dio la vuelta completa y pudo observar la cocina. Un cocinero estaba preparando una bandeja con unos emparedados, y también unas botellas de vino.

En aquellos momentos, una criada se estaba despidiendo. El mayordomo le decía:

—Sí, desde luego, puede usted marcharse —y la criada se dirigía hacia la puerta de servicio.

Luego el mayordomo tomó lo que el cocinero acababa de preparar para ir a servirlo.

La criada se quedó unos momentos hablando con el cocinero y luego se dirigió hacia el corredor que comunicaba con la puerta de servicio, junto a la cocina.

Richard se pegó a la pared y observó cómo después de que la criada saliera de la casa, la puerta quedaba cerrada, pero sin llave; bastaba girar el pomo de la misma.

El de la CIA, sin vacilar, se metió dentro de la casa y caminó con sigilo hasta la cocina. El cocinero se había sentado para devorar unos emparedados mientras hojeaba un periódico.

Richard cruzó por delante de la puerta sin llamar la atención hasta alcanzar la escalera principal.

Un rumor de voces procedente del salón llegó hasta él. Y oyó perfectamente la voz de Baccaro cómo decía:

—Comed lo que os apetezca. Yo voy a acostarme. Hoy he tenido un día muy agitado.

Silas preguntó:

—¿Quiere que me quede aquí?

—No, puede irse, pero recuerde que por la mañana debe ir al aeropuerto a buscar a esa persona. Es muy importante.

—No lo olvido, señor Baccaro.

—Buenas noches.

Richard pensó en quién podría ser aquella persona importante...

¿Acaso el personaje del petróleo?

Anotó mentalmente que debería estar en el aeropuerto por la mañana. Pero antes tenía que hacer en casa de Baccaro.

Escuchó los pasos de gente que se acercaba y subió rápido la

escalera hasta la primera planta de la villa.

Escondido entre unos cortinajes pudo ver cómo Baccaro, con la pierna ligeramente renqueante, podía subir valiéndose por sí mismo. Tras él marchaba el silencioso Stennossi como una sombra.

Desde su puesto, Richard vio cómo Baccaro, tras llegar al piso, se dirigía hacia la puerta de su dormitorio. Así supo cuál era. Aguardó a que Stennossi, que había entrado con él, saliera de la estancia para dirigirse a la de al lado.

Entonces fue cuando el agente salió de su escondite para dirigirse cautamente hacia el dormitorio del propietario de la villa.

La única luz del corredor de la planta venía del salón de abajo, donde el par de guardaespaldas comían los emparedados.

Miró a través de la cerradura y vio cómo Baccaro se estaba enfundando un batín de seda y entraba al lavabo.

Sin hacer ruido, el agente abrió lentamente la puerta y, pasó a la habitación.

Sacó su revólver y se aproximó a la puerta del baño.

Cuando llegó junto a ella, pudo escuchar a través de la madera el ruido del agua.

Lo que no vio Richard fue cómo giraba el pomo de otra de las puertas del dormitorio, justo la que comunicaba con la estancia de al lado.

Richard iba a abrir la del baño cuando de la otra —a su espalda— asomó Stennossi. Vio al agente y sacó un revólver del bolsillo.

Richard no advertía el peligro que estaba corriendo.

Fue al cesar el ruido de los grifos que el de la CIA se apartó instintivamente como si esperara que Baccaro saliera.

Entonces vio fugazmente el peligro, pero ya era tarde. Stennossi acababa de disparar.

Richard se sintió empujado contra la pared, mientras repelía la agresión disparando con su revólver.

Certero a la primera, alcanzó a Stennossi, que cayó hacia el interior de la estancia de la que acababa de aparecer.

Sin embargo, Richard estaba sangrando por el hombro y ambos disparos habían sido oídos por los hombres que estaban abajo, que salieron apresuradamente.

Baccaro asomó un momento y, al ver a Richard, cerró de golpe la puerta.

La herida del agente le restó movilidad, y cuando trató de empujar la puerta, Baccaro ya la había cerrado por dentro.

Richard pensó en los otros y se dirigió hacia la puerta para prevenirse.

Los dos guardaespaldas ya estaban en la escalera. Ambos, con sus pistolas en mano.

Cuando el agente asomó, las armas se volvieron contra él. Dominando el dolor de la herida en su hombro derecho, tuvo que cambiar el arma de mano para repeler las balas de sus enemigos.

Salió fuera, echándose al suelo, y con gran habilidad consiguió la posición idónea para hacer frente a los dos sujetos, que en los últimos peldaños buscaban su cuerpo para acribillarle.

Era una lucha a quemarropa que por la rapidez con que se desarrollaba impedía a los enemigos de Richard acertar, aparte de la movilidad del agente para esquivar el plomo.

Su condición de tirador experto se hizo notar cuando con sus disparos alcanzó a los dos tipos, que cayeron rodando las escaleras y manchando de sangre la mullida alfombra que cubría los peldaños.

El cocinero asomó aterrado y optó por salir de la casa como si le persiguiera el mismísimo diablo.

Richard, sudoroso y febril por la herida, aguardó en espera de otros posibles enemigos que no aparecieron. Decidió entrar nuevamente en el dormitorio de Baccaro. Ya nadie le estorbaría para enfrentarse con él y sacarle toda la verdad.

Pero Baccaro no estaba. Ni en el baño, ni en la habitación. ¡Había desaparecido!

El agente comprobó que mientras él participaba en el tiroteo, Baccaro había pasado a la habitación contigua para salir por Dios sabe qué puerta. El ruido del motor de un automóvil anunció su huida.

Richard apenas podía tenerse en pie. Había perdido mucha sangre y sentía el inmenso dolor de su herida.

No obstante, bajó a la planta inferior y en el despacho de Baccaro comenzó a buscar algo que pudiera ser de su interés. La sangre seguía manando de su brazo herido, pero él tenía que seguir..., seguir...

Sabía también que tenía que darse prisa. Baccaro pediría ayuda a la

organización que le respaldaba. Y allí, en los cajones de la mesa, no había nada. Nada de nada.

Iba a dejarlo ya cuando, de pronto, apareció la fotografía. Baccaro aparecía en ella sonriente, cerca del lago hablando con Terence. La imagen de los dos hombres hubiese carecido de importancia si tras ellos ligeramente disimulado, pero reconocible no hubiese un tercer hombre: ¡Silas!

¿Qué podía significar aquello?

¿Habían conseguido engañar a Terence o acaso...? ¿Era cierto que su amigo estaba con ellos?

Guardó la foto, y sacando fuerzas de flaqueza, buscó en las paredes hasta hallar la caja fuerte empotrada y disimulada detrás de un cuadro.

Tenía que intentar abrirla. Tenía que hacerlo, y comenzó su trabajo. No era un experto, pero había tomado lecciones. También formaba parte de los entrenamientos.

Probó una y otra vez mientras gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que le hirieron? No lo sabía, como tampoco sabía que el auxilio que había pedido Baccaro por la radio de su coche estaba ya en camino. Silas y otros cuatro hombres se dirigían hacia la casa.

Richard consiguió por fin abrir la caja.

* * *

El auto de Richard se cruzó con el de Silas, pero los ojos del agente apenas veían ya la carretera que bordeaba el lago. El intenso dolor y la sangre perdida le habían debilitado hasta dejarle al borde del desmayo.

Apenas consiguió llegar al hotel. Salió del auto caminando como un borracho. Pensó que era mejor que creyeran eso, pero la presencia de agentes de policía de vigilancia —debido al asesinato de Du Mourier— le hizo variar el rumbo para dirigirse hacia la puerta de servicio.

Diez minutos más tarde, tras abrir la puerta sin necesidad de llave, que en eso sí era especialista, entró en la estancia y ya no pudo aguantar más. Cayó de bruces, sin advertir siquiera la presencia de

la persona que le estaba esperando.

CAPÍTULO XII

Eran las ocho de la mañana siguiente cuando Silas aguardaba en el aeropuerto la llegada del último avión que acababan de anunciar los altavoces.

De entre la gente que salía de la aduana, Silas divisó a la persona esperada. Sonrió al reconocerla por la fotografía que llevaba consigo, y se dirigió a su encuentro.

Una hora más tarde despertaba Richard Manny. Tardó un minuto en tener plena conciencia, y luego paseó la mirada por la habitación. Se hallaba en una estancia completamente desconocida, pero no había la menor duda de que se trataba de un hotel, aunque no era precisamente el Continental.

Comenzó a recordar cuando apareció en la puerta del baño el rostro sonriente de Pamela.

—¡Oh! Sí... —exclamó.

—¿Te encuentras mejor?

—¿Dónde diablos estoy?

—Primero intenta recordar —repuso ella, tomando la bandeja del desayuno—. ¿Te sientes con fuerzas?

Richard se incorporó.

—Sí... Creo que perdí el conocimiento apenas abrí la puerta... No tenía intención de quedarme, sólo pensaba en desinfectarme la herida y salir en busca de otro alojamiento.

—Estuviste inconsciente durante una hora...

—Me estuviste curando. Sí, ya recuerdo... Siempre apareces en el momento más oportuno.

—¡Menos mal que esta vez he sido oportuna!

—Sí..., sí. Voy recordando, desperté y te dije que tenía que irme...

—Entonces apenas me hiciste caso —le reprochó ella.

Richard se había incorporado y trataba de mover el brazo.

—Oye... ¿Qué clase de mago eres? Casi no siento nada.

—Por si acaso, no hagas muchos esfuerzos. Un día de reposo y quedarás como nuevo.

—¡Ni hablar! ¿Qué hora es?

—Las nueve y cinco minutos...

—¡Tengo que ir al aeropuerto!

—¡Oh, Richard! Apenas me ves tienes que ir a alguna parte.

—Es importante, querida. Alguien espera a una persona, puede ser la que nos interesa... Dame mi ropa.

—Esta vez no te la voy a dar —repuso ella, con energía.

—Por favor, Poomy. Es un asunto importante.

—¿Más que tu vida?

—Escucha, mi trabajo...

—¡Al cuerno tu trabajo! A las dos y pico de esta madrugada te saqué del hotel Continental porque entre jadeos me dijiste que irían a matarte. Ni siquiera sé cómo llegué a sacarte, no te tenías en pie... Tuve que pedir un taxi y buscar otro alojamiento. Me las apañé para librarte de quienes querían matarte. Pues bien, no quiero que lo hagan ahora. Repito lo que dije antes: que se vaya al cuerno tu trabajo. Hoy no saldrás de aquí y si lo haces será desnudo...

Richard advirtió que sólo llevaba la ropa interior.

—Por cierto, querida... ¿Te he preguntado qué haces en Ginebra y cómo me has encontrado?

—No me has preguntado nada. Eres tan egoísta que sólo piensas en ti mismo.

—Perdona, nena, pero...

—Sí... Te lo voy a decir... Estuve con Lara Bronson, ¿recuerdas? Ella me habló de este hotel... Y si estoy aquí es porque en Washington no quisiste escucharme. Pero ya estoy cansada de ir detrás de ti... —Había elevado el tono de su voz y hablaba hecha una furia. De este modo arrojó la foto del aeropuerto en que aparecía Baccaro. Richard la observó irnos instantes y murmuró:

—Sí. Que es uno de nuestros enemigos.

—Lamento haber hecho el viaje en vano. Y ya no me importa que te vayas. ¡Ojalá te maten! —Desapareció por la puerta del baño para reaparecer seguidamente con la ropa de Richard y arrojársela prácticamente a la cara.

—¡Ahí tienes!

—Poomy... Perdona si a veces no puedo ser lo cariñoso que quisiera contigo... Esto de ahora está a punto de terminar, lo presiento. Me deben unas vacaciones. Las pediré. Tengo derecho a ellas... Me

gustaría compartirlas contigo.

—¡Qh, Richard! ¿Hablas en serio? —Y toda la acritud de la muchacha se volvió cariño—. Perdona. ¿Sabes?

Vine porque temía por ti... Aunque a veces me hago la tonta, siempre temo por ti... Se besaron. Se besaron. Volvieron a besarse.

* * *

El ya estaba vestido. Hizo algunos ejercicios con el brazo herido y notó el dolor, pero supo disimularlo.

Poomy se estaba poniendo unos *pantys* nuevos, como si también se dispusiera a salir.

—Telefonéé al motel para saber qué tal seguía Lara Bronson.

—¿Y qué? —inquirió él.

—Es verdad. No te lo dije... Está aquí.

—¿Cómo? —Richard salió de repente del cuarto de baño.

—El encargado me dijo que había oído cómo pedía un pasaje para Ginebra.

—¿Cuándo fue eso?

—Pues... Poco después de que tú me dejaras plantada en la calle, en Washington.

—¡Qué mujer más terca! Le dije que...

—Si te interesa saber dónde está, según el encargado, dice que pidió una reserva para el hotel Fontenac.

—Muy curioso es ese encargado.

—Bueno... Antes de irme del motel le dejé una buena propina para que me informara acerca de todo lo que hacía la señora Bronson, y el hombre quiso ganársela —sonrió ella.

—Muy sagaz... La CIA está perdiendo una excelente colaboradora.

—¿Yo colaborar con la CIA? Lo que estoy tratando es que te busques otro empleo...

—Ya discutiremos esto más tarde.

—¿Dónde vamos?

—Tú te quedas aquí. Yo iré a visitar a esa dama.

—¿Ya no vas al aeropuerto?

—Sí. Haré las dos cosas, aunque temo que sea ya demasiado tarde para pescar a Silas en el aeropuerto y saber a quién demonios iba a esperar.

—Oye, puedo alquilar un coche y conducir yo. Así descansarás el brazo.

—Para conducir no me molesta, pero... si es que vas a seguirme de todos modos, no es necesario que alquiles ningún coche. Tengo uno frente al Continental. Te daré las llaves y ve a buscarlo.

—Y así me das esquinazo... No. Tomaremos un taxi —y Poomy se colgó del brazo bueno del agente.

* * *

El taxi les había dejado frente al Fontenac, que estaba en el camino del aeropuerto.

Desde la ventana de una de las habitaciones del hotel, Lara miró un momento a la calle, justo cuando se detuvo el taxi, pero se volvió hacia el interior antes de ver salir de él a Richard y a la periodista.

Silas permanecía junto a la puerta.

—Me esperaba usted en el aeropuerto, me ha acompañado hasta el hotel, pero todavía no me ha dicho por qué sigue en mi habitación. ¿A qué espera para marcharse?

—Su marido tiene una misión que cumplir y esperamos que la cumpla.

—¿Qué?

—Es usted mi rehén, señora Bronson. La seguridad de que su marido cumplirá su palabra y encontrará a Richard Manny.

Lara palideció.

—Esto es una trampa. Usted sabe que Terence ha muerto... Lo sabe.

—No finja conmigo, señora Bronson. Usted está aquí porque Terence Bronson la llamó para reunirse con usted, pero todavía no estamos seguros con cuál de las dos barajas que juega su marido se va a quedar.

—No sé de qué me habla.

—¿No? ¿Qué hace usted aquí entonces?

—Quería... Quería saber la verdad —murmuró ella.

—Miente usted muy mal. Usted sabía la verdad desde el principio. Quisimos que Landfield la trajera fingiendo un secuestro, pero Manny se interpuso y Landfield palmó... ¿Qué dice a esto?

—Usted es uno de la CIA. Trata de sonsacarme...

La puerta se abrió de pronto, apareció Richard en el umbral

revólver en mano, conminándoles:

—¡Quietos los dos!

Silas se revolvió, pero sin tiempo de desenfundar su revólver.

—¡Richard! —exclamó ella.

—Sorprendida, ¿eh? ¿Por qué no contestas a Silas? No es de la CIA. Vamos, había... Hablaste con Terence. El te citó aquí. Te citó porque vive... Tenía razón el «viejo»... Todo fue un ardid para que le olvidáramos. Además, me consta. Tengo las pruebas del dinero que Baccaro pagó a Terence.

—Richard, yo... —empezó ella.

—No. No te culpo a ti, ni siquiera de la comedia que hiciste con Landfield. Yo creí que te salvaba de un asqueroso enemigo y lo que hice fue fastidiarte el plan. El te habría sacado para llevarte a Ginebra, que es lo que estabas deseando. Tu suerte fue que yo te sacara de aquel avión.

—Quiero a Terence —musitó ella—. Y le seguiré donde sea. Pero quiero que sepas que yo ignoraba que querían deshacerse de ti.

Silas trató de meterse la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta de cuero, pero Richard, que sostenía el revólver con la zurda, avanzó raudo y descargó un fuerte golpe con el cañón, que empujó a su antagonista hacia la pared.

La puerta de la habitación contigua se había abierto de repente y por ella apareció Terence, también armado.

—¡No te vuelvas, Richard! Te llenaré de plomo si lo haces... Lara, ven a mi lado.

Ella corrió hacia su marido. Silas, sonriente, sacó el arma de su bolsillo, mientras Richard había dejado caer la suya al suelo, pero seguía sin levantar los brazos. Había reconocido la voz de su amigo. Se volvió lentamente y con los dientes prietos masculló:

—Hubiera dado mi brazo, Terence... Hubiera apostado la piel por ti... ¡Y ha resultado cierto!

—Nunca has tenido un sentido práctico de la vida, muchacho. Eres un niño grande tan solo. Demasiado sentimental. Así no se llega a ninguna parte. ¡Quietos, Silas! Este asunto dije que lo resolvería yo...

—No importa quien lo haga, Bronson. Ahora veo que estás de nuestra parte. Baccaro se alegrará. Yo me llevaré al pájaro —y le apuntaba con el revólver provisto de silenciador.

—¡No! —gritó Richard—. Es un asunto personal. Quiero que sea él.

Quiero ver antes de irme de este mundo la clase de hijo de perra que es... ¡Vamos, Terence! ¡Amigo! Dispara... Tu revólver tampoco hace ruido. Veo que lleva un tubo. Dispara y luego me cortas a pedazos pequeños y con ellos llenas la maleta y me echas al lago.

Richard empezó a avanzar hacia «su mejor amigo». Tenía los puños prietos y la mirada fija en él.

—¡Quédate donde éstas, Richard! No des un paso más.

Pero Richard seguía avanzando. Silas se impacientaba.

—¡No, Richard! —clamó Terence—. No me obligues a...

—¡Basta de estupideces! —gritó Silas, e hizo intención de disparar.

Fue entonces cuando Terence descubrió su juego abiertamente.

—¡Cuidado! —gritó primero, y al mismo tiempo empujó a su amigo para que la bala de Silas no le alcanzara.

Silas disparó y Terence, que había logrado salvar a Richard, no consiguió hurtar su propio cuerpo del plomo que vomitaba el arma enemiga.

Disparó a su vez, pero sin dirección posible. Richard reaccionó con los reflejos en él característicos y saltó sobre Silas como una fiera.

El agente enemigo disparó de nuevo, pero la bala taladró el techo porque el empujón de Richard le había hecho caer de espaldas. Le retorció el brazo con saña hasta que escuchó el crujir de los huesos acompañado de un grito gutural de su enemigo.

Lo levantó en vilo y le golpeó con la zurda primero en el estómago, y sin darle tregua, le demolió el mentón.

Silas fue a parar contra los cristales de la ventana, que se hicieron añicos.

Uno de los vidrios cayó como una guillotina sobre el cuello del agente. Se desangró.

EPÍLOGO

Terence, moribundo, tuvo tiempo de decir:

—La verdad es que me gustaba el dinero y acepté el juego de Baccaro... Pero no se puede jugar con dos barajas... Tú eres más listo...

—Terence... ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

—Era fácil. Y no perjudicaba para nada a mi país...

—Pero ese hombre... Ese soberano que piensa matar...

Terence sonrió. Hipó un par de veces y contrajo su rostro con una mueca de dolor.

Luego, con más dificultad, pudo añadir:

—He dicho que... no perjudicaba a mi país porque... supe que ése so... be... rano... no vendrá a Ginebra... Tratará lo del petróleo... di... directamente con nuestro país... allá, en Estados Unidos... Su vida... está... garantiza... da.

Ya no pudo añadir más.

* * *

La misión concluyó en el momento en que ya no había soberano a quien proteger.

—En el fondo, la jugada de Terence no era mala.

—Se llenaba los bolsillos y entretenía a los agentes enemigos, mientras el hombre que pensaba asesinar viajaba directamente a Estados Unidos —comentó Richard.

Estaba en el despacho de Archibald Ramsgatte, que, arqueando las cejas, inquirió:

—¿Y usted aprueba el doble juego?

—Señor... Nunca le he pedido nada, pero eso... no puede considerarse un doble juego. Terence no es un traidor. Me salvó a mí y eso le costó la vida. Me gustaría que no constara en el informe nada que pudiera degradarle.

—Descuide, Richard. No constará... Y ahora tómese esas vacaciones que está deseando.

En la calle, en el automóvil de Richard, Pamela le estaba esperando.
—¿Todo arreglado? —inquirió ella.
—Sí.
—¿Y Baccaro?
—Fue detenido cuando trataba de huir de Suiza. Lo suyo hubiese quedado impune por falta de pruebas. Siempre habría podido decir que el negativo con el falso mensaje se lo había entregado Terence realmente, pero para eso necesitaba quitarme de en medio a mí, que poseo las pruebas que hallé en su caja fuerte, pero he resultado un hueso demasiado duro... Con él han caído los principales agentes infiltrados en nuestro país. El asunto está, pues, terminado.
Al decirlo redujo la velocidad de su coche. Casi sin desearlo, había pasado por delante de determinada residencia de las afueras. Una casita con un pequeño jardín.
—Para según quién será difícil olvidar.
—¿Lara? ¿Vive aquí? —inquirió ella—. Si quieres, podemos entrar a...
—No. Ya no vive aquí... Se fue a llorar a solas su pena en alguna parte. Ahora sí es viuda de verdad... Pobre muchacha...
—Así es la vida, Richard —murmuró Pamela, contagiada de la tristeza, pero se rehízo para animarle.
—Vamos... Tú ya no puedes solucionar nada...
—Tienes razón.
—Y mereces unas vacaciones.
—Sí, Poomy... ¡Vamos! ¿Te he dicho que tengo un pequeño refugio en Michigan, junto al lago?
—¡Oh, Richard! Esto es estupendo —sonrió ella, y dejó que el brazo del agente la rodeara el hombro.
¡Por fin iba a disfrutar de la compañía de Richard, sin misiones de por medio ni aviones esperando!
Y Richard también parecía desearlo.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.

Notas

[1] La diferencia de horario entre Washington y Ginebra es de cinco horas. Cuando en la capital americana son los 12 de mediodía, en Suiza, Francia, España, etc son las 17. < <